

LA MUGER ZELOSA.

COMEDIA

CINCO ACTOS EN PROSA:

TOMADA DEL FRANCES

DE MONSIEUR DESFORGES,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JULIAN DE VELASCO.

MADRID

A OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

hallará en las Librerías de Quiroga, calle
de Carretas y de la Concepcion Gerónima.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

ACTORES.

DOÑA ANSELMA, SEÑORA RITA LUNA.

DON JUAN, su marido, SEÑOR MANUEL GARCIA PARRA.

EUGENIA, su hija, sumamente sencilla, SEÑORA MARIA PINTO.

EMENCIA, hija de Don Juan, de su primer matrimonio secreto, SEÑORA TERESA MASEDAS.

DON GUILLELMO, tutor y padrino de Doña Anselma, y amigo de Don Juan, SEÑOR ANTONIO PINTO.

DON NARCISO, sobrino de Don Guillermo, SEÑOR ANTONIO PONCE.

ERVASIO, criado antiguo de Don Juan, SEÑOR FRANCISCO BACA.

STINA, su hija, criada de Eugenia, SEÑORA JOAQUINA ARTEAGA.

JACINTO, criado de Don Juan, SEÑOR JOSÉ
- OROS.

UN CALESERO, SR. JOSEF GARCIA UGALDE

ACTO PRIMERO.

*teatro representa un salón, en donde se ha-
a, con otros muebles, una papelera con la lla-
puesta: hay tres puertas, una en el foro á la
respectiva de un jardín, y dos laterales; una
teneciente á la habitacion de Doña Anselma
la derecha, y la otra á la izquierda á la de
su marido Don Juan. La iluminacion
ha de figurar el rayar del dia.*

SCENA PRIMERA.

*Doña Anselma sola, sentada al lado
de la papelera.*

*us. Muy tarde ha venido... ciertamente aquí hay
algo... nuevos enredos... sin embargo duermo...
y yo, víctima del amor y del himenéo, lloro
y gimo noche dia.*

Se levanta.

Quien vea esta papelera abierta como está, pre-
sumirá ya descubierto el corazon de mi espo-
so. ¡Ah! que este mismo abandono aumenta mis
desconfianzas, porque seguramente no es mas

que un falso testigo de su fingida inocencia, refinamiento, una extratagema mas... Mirémo

Abre la papelera, y saca los cajones.

Si mis esfuerzos, tantas veces vanos, consiguen su fin: ¡mas qué digo! ¡desdichada de zelosa con tanta causa como dolor, en vano buscas los secretos de tu ingrato: porque los malos delinquentes son amantes discretos, gobernados por el mismo arte que trama nuestras gracias, sin que sus tenebrosos delitos nos dexen el menor vestigio para descubrirlos... Creemos, pues... ¿Mas qué es esto? ¡qué tuercion! ¡en vano me resisto contra mis desgracias!... Quiero verlo todo... ¡Cielos! ¡qué mira Al esfuerzo de mi mano se abre este secreto

Con reflexiôn.

¡Otra pérfida invencion! No hay nada... ¡continuemos... aquí hay... sí: no hay duda; caxa de oro, la qual esconde algun misterio tendrá su secreto como la papelera... ¡horroso secreto!... pronto le sabré...

Reconoce la caxa.

SCENA II.

Doña Anselma, Justina y Gervasio.

Conturbada.

ust. ¡Ay, señora! perdone vm.

Con enfado.

ns. ¿Qué quieres?

ust. Acompañaba á mi padre, que ha venido á verme... voy...

ns. No te vayas... y cuidado con que otra vez venga nadie á ver lo que yo hago, ni á entrar sin que yo llame.

Con el mismo tono.

Si me vienen á buscar, se dice que no recibo á nadie.

Se entra en su habitacion.

SCENA III.

Gervasio y Justina.

ust. Ya lo vé vm.: la señora sospechá que yo la observo, quando ella está continuamente de dia y de noche mirándolo y observándolo to-

do: al fin creo que saldré de casa.

Gerv. ¿Cómo es eso?

Just. Solo á vm. descubriré mi pecho... pues pa vm., que hasta mí alcanzan ya sus sospechas. Hace tres meses que vine del Convento con la señorita, y desde entónces... ¡cada día es un peligro! malas razones, insultos, y mal trato continuo, de modo, que ya me hubiera despedido, á no ser por el amor que tengo á mi querida Eugenia, y por las bondades que debo á su honrado padre.

Gerv. No aguantes ninguna afrenta; vente bien conmigo.

SCENA IV.

Los dichos y Jacinto.

Con familiaridad á Justina.

Jac. Buen encuentro... Buenos dias, hermosa Justina.

Just. ¡Qué encuentro!

Tocando el hombro de Gervasio.

Jac. Tu padre...

Gerv. ¿Vienes de mi casa?

c. Sí.

rv. ¿A qué?

c. Ya se lo dirá á vm. el señor Don Juan. Ayer vino á casa muy tarde, y dixo: irás á casa de Don Guillelmo... ¿El severo tutor? dixe yo... Bueno! voy al instante... No: mañana me repitió; y de allí á casa de Gervasio, porque quiero verlos muy temprano... Bien: no viven léjos uno de otro, dixe yo: echo á correr á casa del amigo, despues he pasado á la de vm.: no habia nadie, y era de presumir, pues estaba vm. aquí.

A Justina.

rv. ¿No adivinas lo que me quiere tu amo?

t. No por cierto.

c. ¡Tú te burlas! pues si quisieras, bien podrías adivinarlo: pero yo como soy brujo, adivino que quiere casarte.

t. ¿Con quién?

Sonriéndose.

c. Adivínalo tú primero.

Sonriéndose.

t. Yo no soy bruja.

c. Pues ya lo acabas de decir, y no te enañas.

rv. ¿Cómo es eso?

Jac. Escucha... He imaginado que viendo tu muchacho alegre y festivo, jóven, bien pládo, franco, leal, en fin, un buen muchacho ¿no dirías para tí... vé aquí el que yo necesito para marido? Pues yo he dicho para mí; muchacho soy yo... tú no puedes decir á ver si le amo, deseo casarme con él... y por consiguiente se lo he dicho al señor Don Juan... con muy buen semblante me dice: ¿la amas tú, sí, señor... ¿y ella te ama? sí, señor... ¿No está hecho bien, Justina amada?... ¿Y Gervasio me preguntó Don Juan... ¡Quién! dixe yo: ¿quién es el padre? estoy muy seguro de él... Pues que se vaya mañana... mañana es hoy... Pero chito, aquí viene...

Hablando con Gervasio.

Verá vm. cómo va á explicarse de manera que ántes de poco tiempo tendrá vm. este yerno

SCENA V.

dichos y Don Juan: éste pensativo con una carta en la mano.

Sin verlos.

an. Esta carta... despedaza mi corazón... ¡Cielos! cómo es posible que despues de diez y ocho años... *Los mira.*

le estaba esperando, Gervasio.

c. Ya se puede presumir para qué.

v. Señor, ¿qué manda vm.?

A Don Juan, señalando á Justina.

c. Ya sabe vm., que le he confesado...

an. Bueno es eso.

c. Bien puede vm. hablar, que todos estamos conformes.

an. Ya lo pensaré.

c. ¿En sus asuntos? Es muy bien hecho.

an. ¿Jacinto?

c. Señor.

an. ¿Y Don Guillelmo?

c. ¡Vaya, vaya! ¿pues qué soy yo algun necio?

an. Acaba.

Con ayre familiar.

Jac. Ahora vendrá con su sobrino.

Juan. ¡Su sobrino! ¿y para qué?

Lo mismo.

Jac. Pero señor, ¿y mi boda?

Juan. Jacinto: lo que á tí te toca, es obedecer lo que te se mande; pues si obras por tí, hay mil desatinos.

Con confianza.

Jac. ¿Quién, yo? no, señor.

Juan. Bueno... vé pronto á la puerta de Toledo y luego que llegue un coche de Ciudad Real vuelve corriendo á decírmelo, advirtiéndome que no pase adelante.

Jac. Voy al punto. *Se va, y vuelve.*

A Don Juan.

Jacinto se encomienda á la bondad de v. m.

A Justina.

Por Dios, Justina, que á tí te importa más que á nadie.

Vase.

Juan. Este Jacinto es muy singular: en todo me mete; tiene mil llanezas; mas tambien tiene bastante inteligencia, y es menester perdonarle algunos defectos.

A Justina.

Justina: ¿vendrá mi hija aquí hoy por la mañana?

. Ya sabe vm. que su primera obligacion, y mayor gusto es...

Aparte.

parece que estorbo; dexémoslos solos.

Señor, voy por ella al punto...

SCENA VI.

Don Juan y Gervasio.

En voz baxa.

n. Ahora bien, amigo Gervasio, necesito que me prestes tu casa.

v. Ya sabe vm. que es suya.

n. No, amigo, que es tuya, y quiero que despues de tí, la disfrute tu hija en dote.

v. ¡Ay señor! ¿quiere vm. que aun le deba las, despues de tantos beneficios como me ha hecho?

n. ¡Ay Gervasio mio! Mal te pago, pues mas te debo todavía. En tu seno pasé mi niñez; ahora eres anciano, y es muy justo que llegue la

mia, y recompense tus solícitos cuidados.

Con viveza y en voz baxa.

En una palabra, Gervasio... yo espero de Madrid Real una niña, que tiemblo se sepa en Madrid quién es. No puedo admitirla en mi casa mucho riesgo; y á nadie puedo fiarla como ; No hay con que comparar el interés que ello tengo! contempla que es inseparable de memoria, y sobre todo digna de la mayor atención.

Gerv. Viniendo por medio de vm., nada puede serme sospechoso; obedeceré ciegamente: ¿debo yo ir á buscar?

Juan No: eso corre de mi cuenta.

En ademan de irse.

Gerv. Muy bien; pues espero.

Juan. Oye... Quisiera adornar tu habitación sencillez y limpieza. Se ofrecerán algunos gastos.

Le da un bolsillo.

Creo que hoy llegará; despacha, arregla tu habitación lo mejor que puedas.

Vase Gervasio.

SCENA VII.

*Don Juan un momento solo, y despues
Eugenia y Justina.*

n. ¿Si habrá llegado el fatal momento? ¿Pero
mo he podido yo privarme del mas dulce pla-
e por diez y ocho años enteros? Un solo dia...
eciso es que yo me sacrifique: aunque no me
jerá de nuevo.

Sale Eugenia y Justina.

e aquí lo que me consuela. Mi único alivio, el
lsamo que sana mis heridas; ven á tu padre,
n, hija querida.

. No voy, que corro: abraçe vm., padre mio,
su pobre Eugenia, tan llena de pesadumbres...

n. Quién, ¿tú? ¿hija mia?

. Sí, señor, yo... y á nadie puedo confiarme
no á vm., porque es vm. tan bueno, tan in-
aligente, tan humano. Miéntras que si oigo á
ustina, ó á mi madre, todo es decirme, el amor
una quimera, un error funesto: el corazon de-
e en tu edad ignorar su imperio. Pero, ¿quién
ene mas edad, mi corazon, ó yo? mas sea yo,

ó sea mi corazon, lo que sé muy bien es que
toy apasionada.

Con admiracion.

Juan. ¿De quién?

Eug. De Don Narciso, padre mio; de aquel
iba con frecuencia en compañía de vm. y
su tio, á verme al convento.

Juan. ¿Son esás tus pesadumbres?

Con afecto natural y sencillo.

Eug. No, señor, sino la oposicion de Justin
quien con todo eso perdono de corazon. En
palabra, hace un año que quiero á Don N
so... pues bien, ¿lo creerá vm.? hasta ayer
lo he confesado.

Juan. ¿A él?

Eug. ¿Pues á quién? Si alguno debia saber este
creto primero que nadie, me parece que no
día ser otro: ¿no digo bien?

Just. Muy mal hecho.

Eug. Eso ya me lo has dicho, y por mi am
nada te he respondido; ¿pero querías que
fuerza faltase á la verdad, y fuese tan cruel
tuvieses alguna buena nueva en tu interior,
duro sería tu corazon, que la callarías á
ella pudiera hacer dichoso? Pues bien, lo n

s: él dice que mi ternura es el único tesoro que
 e interesa en este mundo: feliz, ó desgraciada,
 u suerte depende de mí: mi corazon no es malo.
 El me dice sencillamente: ¿me amas?... te amo:
 pues bien; estas dos solas palabras lo han puesto
 uera de sí; y quando yo he visto en sus mira-
 as tan amoroso fuego, me parece he sido cul-
 able en no haber hablado ántes.

n. Vaya... Haces bien en amar al que será tu
 sposo.

. Pues bien... No riñas mas, mi Justinita; ¿no?
 o amo; y miro mi pasion, como una dicha que
 no tienes; pero que la tendrás si es tu volun-
 d: mira, Justina, creeme, el amor... es mu-
 no... vamos...

n. ¡Qué sentimientos tan naturales! Esa inge-
 nuidad es la mejor prueba de un alma pura.

A Justina señalando á Eugenia.

Qué no debo esperar de ella, conservando siem-
 e su apreciable candor?

. ¡Ay padre mio! permita vm. en sus brazos á
 mas tierna y buena hija; y abrace vm. tam-
 en á Justina.

Abraza á su hija.

n. Con mucho gusto, hija adorada.

*Pone la mano sobre el hombro de Justina
y la dice.*

No temas que sean peligrosos los afectos de Eugenia; pero con nada te pagaré yo el espaldado que te debe...

SCENA VIII.

Los dichos y Doña Anselma.

Cogiéndolos en el acto dicho.

Ans. ¡ Cielos! ¡ qué infamia!...

Juan. ¡ Gran Dios!

Just. Soy perdida.

Ans. ¿ Parece que nadie hace alto?...

Just. Señora...

A Justina.

Ans. Sal de aquí.

Juan. Mira, escucha.

Ans. Nada escucho.

Eug. Madre de mi corazón, mire vm...

Ans. Calla... Bien esperaba yo esta injuria...

no es de hoy solo...

Juan. Esposa, sosiégate.

Con desden y enojo.

is. ¡Qué prudencia! ¡qué tono tan manso! ¡qué
aire tan modesto! ¡qué ojos tan humildes!

Levantando la voz.

Ah! ¡falsos exteriores, máscaras de hipocresía y
de impóstura!

st. Señora, permita vm...

an. ¡Qué zelos tan horrorosos, buen Dios!

El mismo tono mirando á Justina.

s. Yo buscaba una red... y la tenía en casa.

st. Despídame vm., señora, y no ofenda mi ho-
nor.

s. Tu audacia á nadie insulta mas que á mí. ¡Re-
tírate monstruo!

SCENA IX.

Los dichos y Don Gillelmo.

ill. ¡Qué! ¿qué tumulto es éste?

n. Que ha de ser... Si tú no nos lo dices, no
sabémos.

ll. ¡Qué diablo! ¿nunca ha de haber paz en
esta casa?... Que me confundan si á ella vuelvo
as.

¡Oxalá!

Con naturalidad.

Eug. Se maltrata á Justina, porque padre y yo querémos mucho.

Ans. ¡Quántos dias hace que yo debia haberme puesto en la calle!

Just. Bien pudiera vm. haberme ahorrado esta desdicha, señora;

Llorando.

y respetar mi honor, como yo respeto el suyo.
A Dios, señora...

Deteniendo á Justina.

Juan. No, no, no te irás de casa.

Ans. Si en eso crees, malvado, perder tan bella hija, yo soy la que me iré.

Guill. A fé mia que en su lugar yo dixera, mucho gusto... vete.

Ans. ¿Y sois su amigo, Don Guillelmo?...

Con viveza.

Yo diría á mi esposo, que en su vida tuvo un amigo mas atroz.

Guill. Sí, tienes razón; convengo en ello: fui tu enemigo quando fuí autor de tu boda. Yo era tu tutor, conocí lo que te amaba, y creí haberme casado dichoso contigo. Os miré como á hijos. Esp

a de ambos otra correspondencia á mis desveps: me engañé: ¡cómo ha de ser! pero él es hombre, y espero que harto de tanto sufrimiento, te parará conocer su poder y sus derechos.

¡Su poder y sus derechos! ¡horroroso desposino! ¿Tendrá el espantoso poder y el derecho horrendo de abrigar á mi vista, y en el seno de mi casa un escándalo como éste?

n. Escucha, esposa... ¿Has perdido el juicio? No lo perdería, si tú lo tuvieses. Pronto: una otra salimos hoy de casa...

Señalando á Justina.

coge.

¡Señora! ¿Despues de tanta afrenta, cree que tardaré yo mucho? Me voy llena de agradecimiento á esta casa; pero con mi preciosa inocencia.

En buen hora... pero cuidado con que tu hermosa presencia vuelva á ofender mas aquí mi razon ni mis ojos.

y vuelve de pronto, y le dice á Don Juan en voz baxa.

¡Aún me falta descubrir otro negro secreto... embra.... Dentro de una hora te lo diré.... Dios, traidor. *Vase.*

S C E N A X.

Los mismos.

Guill. Ea, alentado amigo: ya te he indicado obligación... Con que va á salir Justina... ¿he

Eug. No por Dios, no habrá valor...

Just. ¿Lo tendré yo para aguantar tanto ultraje
No habrá muger á quien jamas se haya tratado
con mas ignominia.

Juan. Justina, verdad es que mi esposa...

Guill. Sí, verdad es que tu esposa es un luc
una cabeza de hierro, un corazon impio...
bre esposo! No seas gurrumino; déxate y
sandeces: sé hombre: ¡pero qué! Si como un
ño tímido te pones á pedir perdon de lo que
haces, y á decir... quiero la paz... ¡Votová!
la guerra una vez, y la paz vendrá: sí: la
vendrá desde hoy mismo... Un marido que
quiere, es amo de su casa.

Just. A Dios, mi bien hechor, á Dios mi Eu
no me despidan vms. de sus corazones.

Juan. Ni tampoco de mi casa... Ven: segu
tás, estoy resuelto...

Guill. ¡Bueno! Me gusta esa firmeza; pero...

pas sostener es necesario.

t. No por cierto: no quiero encender mas incendio. Mi virtud no está en la sinrazon de mi vida; pero su tranquilidad depende de que yo viva... A Dios, señor.

Llorando.

. No te vas, no.

Llorando.

. Es preciso, mi querida Eugenia.

Con viveza.

Pues bien, espera; que yo quiero llevarte á tu padre, y todos los dias iré á verte, si el mio me permite.

. No solo te lo permito, sino que te lo mando.

Vanse las dos.

SCENA XI.

Don Juan y Don Guillelmo.

. ¡Qué hija tan amable! ¡qué encanto!

. Mas feliz será su esposo que su padre.

. Mucho me alegraré.

. Pero hombre, ¿cómo sufres estos furores?

. Mira, amigo: mi muger es muy virtuosa: en todos sus defectos la estimo, la amo: ¡ah! la

adoro, aunque sea conmigo mas injusta y zelosa: su mal viene de que me ama; y de buena fé, yo no puedo castigarla; y mas bien echo á mí la culpa.

Guill. ¿Te parece bueno un amor con tanto exceso?

Juan. ¿Qué malo ha de ser el amor que uno como anima? Pero ella tiene talento, y con tiempo podrá la razon destruir el aspid de zelos; además de que convencida con mi bu conducta y exemplo, sabrá dar verdadera emancipacion á quien tanto la ama.

Guill. ¡Ah! que esa esperanza, pobre Don Juan es la que fomenta la tiranía de tu esposa y seis años hace. ¿No te cansas de tan vil clavitud? ¡Siempre solo, encerrado, vivies como un salvage! ¡renunciando un privilegio esclusivo del hombre, en que cifra su dignidad! ¿No eres digno de lástima? por lo ménos tu debilidad, es una cosa vergonzosa que provoca la risa de todos. Siempre con ella al lado, y hay ninguno que os observe, que no me que hasta en tus miradas exerce ella su tiranía poder. Si encuentras qualquier muger, que mire por acaso, ¡á Dios! ya sus ojos pare

asiliscos, y anuncian la borrasca que te prepara: y despues para alimentar la rabia del tigre que despedaza tu corazon recto y leal, te condenas callando... La necia te quita el descanso, la dicha; te quita tambien el estimable sello del honor, la preciosa franqueza... en una palabra, amigo, todos abominan de tu muger, huyen de tí... y yo soy el único amigo que te queda.

m. Si lo eres, sé conmigo mas generoso: no me hagas sentir mas mi desgracia, sobre todo en este dia de tribulacion, en que mi alma está tan primida.

ill. ¿Hay mas todavía?

m. Sí, amigo; yo me echo en tus brazos; tú solo puedes sacarme del lance mas terrible.

Abrazándole con dolor.

ill. Pronto me tienes: ¿qué hay?

m. Lee primero esa carta.

Lee.

ill. Ciudad Real. "Muy señor mio: La huerfanita que tanto interesa á vm. desde que nació, acaba de perder la persona á quien habia vm. fiado su educacion. Encargado por mi ministerio de recoger las últimas disposiciones de

„los que fallecen, la moribunda me ha entreg
 „do una carta en que vm. la dice que le envie
 „Clemencia, quando se pusiera peor de su e
 „fermedad. En consecuencia he aconsejado á
 „huérfana, que vaya á buscar á su protector
 „Madrid. Llegará pasado mañana: no tenga v
 „cuidado, pues va con un hombre de bien
 Firmada: Don Patricio, Notario público.

Representa.

¿Qué enigma es éste?

Juan. Amigo; ¿me ofreces guardar secreto?

Guill. A esa pregunta jamas respondo.

Juan. Perdona.

Guill. Prosigue.

Juan. Sabrás que ántes de mi actual matrimonia
yo amaba una adorable jóven contra el gusto
de los míos. Su ternura me obligó á casarme con
ella de secreto: de este dulce lazo nació una
niña... ¡Mas qué digo!... al nacer perdió á
madre.

Se enternece.

Esta niña, Clemencia, mi hija, que por ternura
y otros justos motivos la he tenido ausente diez
y ocho años, privándome de su amable vista,
la que hoy espero.

Guill. ¡Y bien!

n. No puedo, sin peligro de ambos, ir la á buscar yo mismo.

ll. ¡Y bien!

n. Todo me extremece; y más si la pobre Cle-
nencia se viene á casa.

ll. ¡Y bien!

Con impaciencia.

n. ¡Y bien! ¡y bien! ¿Me quieres servir, ó no?

ll. ¿Querrás que te sirva engañando á tu zelo-
muger, y adulando un vicio, que tan justa-
mente han aumentado diez y seis años de pa-
cencia; vicio que no hubiera ella tenido, si tú
hubieras seguido mis consejos? ¿Quieres lograr
paz que no hallas? Creeme: vamos á buscar
tu hija, traigámosla aquí, y dí con entereza:
a que léjos de mí ha vivido desterrada injusta-
mente, vuelve á su padre para siempre: es mi
hija.

n. ¡Cielos! ¡qué tempestad habria! ¿Y es esa
paz que quieres? Tu pupila jamas hubiera si-
o mi esposa, si por temer sus zelos, no hu-
iera jurado ocultarla siempre la historia y el
fruto de mis primeros amores.

ll. ¡Pues! ella hubiera querido que desde que
naciste la amases ántes de que la vieses, y

aun ántes de que ella misma naciese: ¿no es es
Juan. No me aburras: pero lo cierto es que p
 vencer sus rigores, era preciso que creyese h
 ber sido la primera que poseyó mi corazón.
 amor y la razón me mandaban callar. Y si
 podido aguantar diez y seis años, con la esp
 ranza de un sosiego que busco, ¿iré ahora en
 abrir y cerrar de ojos á alejarlo para siemp
 Además; ¿quál hubiera sido en mi casa la sue
 de esta infeliz? Todos los días estaríamos ella
 yo oprimidos de reprehensiones, de injurias,
 afrentas... bien lo habia predicho su desgracia
 madre. ¡Ah Juan! (me dixo al espirar) “
 »rame, que si vuelves á casarte, ignore tu
 »posa el fruto de nuestro justo amor: no le l
 »gas víctima inocente de una madrastra.” Así
 lo juré, y sin delito no puedo ser perjuro,
 ménos que uno de esos golpes que no pue
 precaverse, hagan que la necesidad me oblig
 Por otra parte, que venga Clemencia; y ap
 temos á que al instante se la destierra de cas

Guill. ¡Pues!

Juan. Yo la doy asilo en la de Gervasio... y ox
 estuviera en un lugar mas oculto, para asegú
 mas el gusto de verla.

III. ¿Y después qué harás de ella?

n. Me esmeraré en proporcionarla un esposo digno. ¿No pienso con prudencia, amigo?

III. Sí: conforme al juramento que hiciste, y sobre todo al predominio de tu actual esposa, es preciso que quites á tu hija de tu vista. ¿Cómo dices qué se llama?

n. Clemencia.

III. ¿Es bonita?

n. Con un solo rasgo que tenga de su madre, ha de ser preciosa.

Á la papelera, encuentra el secreto abierto, y no halla la caja.

¿quién tengo el retrato de aquella amable madre, y una caja de oro. ¡Ay cielos! ¡mi papelera! la caja ha volado!... Este era el misterio.

III. Veamos la caja.

n. No la encuentro... ¿Si la habré puesto en otra parte? Pero dexémos esto: el tiempo es breve; Clemencia va á preguntar las señas de su casa. Dí tú que eres yo, si quieres: y llévala á la de Gervasio: aquí espero.

III. ¡Pobre marido!...

Encogiéndose de hombros.

¡Vamos allá.

Vase.

Juan. Ella ha abierto mi papelera, sin duda. fortuna es que nadie mas que yo sabe el secreto de la caja; y el fatal retrato, hace años que no tiene original... Don Guillelmo tiene razón. Si yo quiero acabar tan largos tormentos, necesito firmeza... Pues duro: dexémos esta firmeza que siempre busqué, y que no encontré nunca, sí, sí, ménos debilidad... Pero pensémoslo en todas cosas en mi pobre Clemencia.

Con ternura.

Si en su triste retiro no he podido verla; ¿quánto mas debo yo preservar aquí á esta preciosa joya de los funestos zelos? ¡Desgracia de mi esposo! ¡qué sea yo, Dios mio, á lo ménos un feliz padre! Don Guillelmo y Jacinto van á salvarme al instante, y es preciso estar pronta para la menor seña.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

SCENA PRIMERA.

Eugenia y Don Narciso.

r. Por desgracia no está en casa Gervasio; y
o hubiera querido verle, y decirle por qué sa-
su hija de aquí.

c. Ella se lo dirá.

r. Es una pesadumbre para este buen hombre:
en parte yo tengo la culpa.... ¿Pero quién
puedrá creer, que por un nada se ofenda así
a madre? ¡No, señor!... mas vale tomar una
solucion.

c. ¿La puedo yo saber?

r. Sí; la de no casarme nunca.

c. ¡Cielos!

r. Mira, amigo, que mi madre se enagena de
manera, que me hace temblar: ¿pero de qué
causan sus furoros?

c. ¡Ay! de que ama; de que es zelosa.

r. ¿Y si yo fuese lo mismo? á la verdad que la

suerte de mi padre es bien digna de lástima tal vez...

Narc. ¿Cómo es eso?

Eug. Piénsalo bien... al fin soy su hija: ¡y que sabe! He oído que los zelos suelen heredarse como yo te quiero tanto, sentiría atormentarte.

Narc. Harías muy mal en atormentarme.

Eug. Sin duda... y mi madre merecería que esposo la aborreciera. ¡Jesus! Tres meses ha que vine del convento, y no he visto en él que ternura y amor; sin embargo...

Narc. También tu madre es infeliz.

Eug. Mas en abono de lo que digo... Es muy peligroso casarse siendo zelosa; pues tanto duele una como el esposo. Hagamos un amigo mio... sí: tomémos una resolución prudente: estimémonos siempre; pero...

Narc. Sin casarnos: ¿no es eso? ¿Crees, bella genia, que nuestros corazones no echarían menos?

Eug. ¿Pues qué echarían menos?

Narc. Una dicha aun mas preciosa.

Con viveza y con naturalidad.

Eug. ¿Qué dicha es esa que yo ignoro, y que conoces?

rc. Ambos la tendríamos, si yo fuera tu esposo: esa dicha, cuya sola esperanza me inflama, es la de no tener ambos mas que una alma y un corazon; la de hacer comunes nuestros gustos y pesares; de ser uno el apoyo y el consuelo del otro; la de confundir mi exístencia con la tuya in poder separarnos nunca.

Sale Don Juan al paño.

Sin ver á su padre, y muy conmovida.

g. ¡Ay Dios! ¿con que esa dicha es tan grande? ¿Y dónde está esa dicha?

rc. En el matrimonio: lazo solemne y tierno, que haría mas dichosos en el mundo de los que hace, si ellos supieran lo que se hacen...

g. En este lazo tan solemne, tan dulce, tan lleno de delicias, es muy comun que no sepan lo que se hacen: aquí por exemplo...

c. Aquí... ¡Bella Eugenia!

Aparte.

o sé qué decirla.

. Sí por cierto, aquí.

c. Poco hace que la paz está de aquí desterrada... pero en fin, eso no durará siempre.

SCENA II.

Los dichos y Don Juan.

A Don Narciso.

Juan. Tienes razon.

Narc. ¡Ah señor! venga vm. en mi socorro: voy para perder la que amo.

Juan. ¿Y quién te la hace perder?

Narc. Eugenia, señor; la misma.

Juan. ¿Cómo es eso?

Eug. Es, que yo tengo miedo de ser zeloso de hacerle algun dia tan desgraciado como

Aparte.

Juan. ¡O peligroso exemplo!

En voz alta.

¿Y quién te ha dicho, hija querida, que yo soy desgraciado?

Eug. Padre mio, yo tengo ojos, y desde meses que estoy aquí, no sé si diga que ménos mi convento: y si no, esta mañana Justina...

Juan. Tu edad, hija mia, no tiene todavía el discernimiento necesario para decidir de esa

nera... ¿Crees mi suerte rigurosa por tres meses de experiencia? Pero si diez y seis años fuí feliz; si esta dicha la debo á tu amable madre; si la debo tambien la de ser tu tierno padre: mete la mano en tu pecho, consulta tu razon, y dime de buena fé, ¿si puedo yo comparar diez y seis años de serenidad, con un dia de borrasca? Tal vez en este instante tengo necesidad de aliento, para sacarla de una equivocacion que perturba su tranquilidad; pero á pesar de sus sospechas, ella, y no yo, es digna de ástima. Así, da tu mano á Narciso, y no alarques la dicha de ambos, por el temor de un porvenir dudoso. Si tú ves algun mal, évitelo tu razon: un mal exemplo jamas debe imitarse; pero sea qual fuere tu suerte, uno de los bienes mayores es unirse al esposo amado.

Muy acalorado abrazando á Don Juan.

rc. No contento con ser el mejor de los esposos, es vm. tambien el mejor de los padres.

A Eugenia.

El matrimonio me promete felicidades; preciso es de ser dichoso baxo su suave yugo: sin embargo, hermosa Eugenia, acumula sobre mí todos los males que puede hacer una muger zelo-

sa... Sí; hazme morir; pero logre yo tu mano
Eug. ¿Lo quieren vms. así? Pues yo sin men
 un no sé qué, me dice aquí dentro, que yo ta
 bien quiero: mas escucha... Si la pobre Eug
 da en la manía de ser zelosa, y te hace abor
 cible ese apreciable nombre de esposo, á lo
 nos no me echas la culpa: acúsate á tí misma

Narc. Jamas será peligrosa nuestra union: ¿
 podré lisonjearme de labrar tu felicidad,
 merecer un corazon tan sensible y puro?...

Juan. Sí, Narciso: tú lo mereces, y tú la
 feliz, mas que yo á la mía.

Con asombro.

Narc. ¿Pues cómo?

Juan. Amigo mio, ya sabes su manía, y temo
 cho... pero, chito.

*Doña Anselma llega preocupada con la
 que trae en la mano. Don Juan se retira con
 genia, y Don Narciso al fondo del teatro;
 acerca poco á poco á su muger, despues d
 ber hecho seña á Eugenia y á Don Narciso
 que no se acerquen sino con oportu-
 tunidad.*

SCENA III.

Los dichos aparte, y Doña Anselma sale.

Is. Esta caxa esconde un retrato, dicen todos los plateros; pero ninguno sabe abrir el secreto. Mil veces la hubiera hecho pedazos en mi impaciencia... Pero el retrato...

Con cachaza.

An. Muger; ¿no ves que los plateros no tienen ni ciencia?

Sorprehendida.

Is. ¡Ay cielos!

An. ¿Y que yo solo te la puedo enseñar?

Is. ¿Quién? ¡tú!

Aparte.

An. Vaya: no parece que está furiosa...

Lo cierto es que no pudo callar, y que debo decirte has hecho muy mal de abrir mi papeleta, dando lugar á que se sospeche de la fidelidad de un criado.

Is. Pronto hubiera yo quitado la sospecha: pero ¡temes que acaso se descubran arcanos importantes, impide tú mismo que se abra.

An. Yo creí, con algun fundamento, que de-

bia vivir seguro en mi propia casa; y si á caso he de vivir con desconfianzas, mas quiero morirme, muger.

Ans. Toda esa filosofia, esa cachaza, y esa maldad sedumbre no me engañarán, no.

Juan. Peor para tí.

Con entereza.

Ans. Vamos, dime: ¿qué secreto es este?

Juan. Trae aquí.

Con amarga sonrisa.

Ans. Dime: ¿permite la prudencia que yo la dé?

En ademan de irse.

Juan. Nada quiero.

Deteniéndole.

Ans. El secreto... pronto.

Juan. Espera, muger: la prudencia manda...

Con vehemencia.

Ans. Escucha...

Aparte.

¡Qué expresion! ¡jamás tuvo tanto aliento!

En voz alta.

Ven, esposo, toma la caja: á ver cuál de los dos es ahora mas atento. *Se la da.*

Juan. Siempre ha sobresalido tu bondad á

nia; pero para abrir la caja, es menester que me la des.

Con agradable ironía.

. Creo, que no tendré que arrepentirme de mi confianza.

En el mismo tono.

m. Pero, muger, conoce que yo con razon podré recoger lo que se me ha quitado.

. ¡Cómo! ¿qué es eso? Ya conozco tus proyectos.

Con mucha cachaza é ironía.

m. Ten la bondad de oír á tu marido: ¿no sabes que como único propietario del secreto, no descubriré sino con mucha dulzura y sosiego? Pero ántes de todo pido una gracia.

Hace seña á Eugenia y á Don Narciso que salgan.

Da licencia á Eugenia para que dé su mano á Don Narciso, y al instante vas á saber lo que cierra la caja.

. ¡Diestra red!... Si no puedes disimular la faldad de ese corazon... Encúbreme para siempre ese misterio... ya no quiero saberlo.

c. Señora, suplico á vm...

. ¡Madre mia!

Con enojo.

Ans. ¡Calla pérfida!... No, no será tu man
precio de una traicion.

Juan. Ahí está la caxa... pues ahí está...

Con ironía.

A Dios... No haya traiciones.

Ans. Así me la entregas, sin descubrir el sec
¿he?

Con cachaza.

Juan. Anda, anda:

En ademan de irse.

Pregunta á los plateros.

Con un grito.

Ans. ¿Dónde vas?

Juan. Al jardin.

*Se lleva á Don Narciso, y tambien quiere
varse á Eugenia, pero su madre lo impo*

SCENA IV.

Doña Anselma y Eugenia.

Ans. Quédese vm. aquí, señorita...

Aparte.

¡Ah! ¡qué tono, qué desden, qué flema ta
ritante!... Estoy fuera de mí.

g. Madre mia, en vm. está...

s. Dime: ¿te amá Don Narciso?

g. Sí, señora.

s. ¿Le amas?

g. Estoy loca por él.

Aparte.

s. Echarse la cadena á los quince años.

En voz alta.

Le darás tu mano?

g. Mucho lo deseo: y juzgo que él hará mi dicha, y la de mi buen padre.

Aparte.

s. ¡Ah! que otro tanto me juraba mi delinquente marido. Hija mia, oye... tú no sabes lo que hay que temblar en ese triste lazo.

g. Lo que sé es amar de corazon.

s. Pues bien. Arma tus rigores contra Don Narciso. El amor es un aspid que abriga tu seno: y mi exemplo teme los tormentos que te esperan quando ese corazon tan tierno y afectuoso se sea abandonado por un esposo tan pérfido como el mio.

g. Sí: digna es una de compasion quando eso es cierto; mas espero que no me sucederá lo mismo: Don Narciso será para mí (me lo ha prometido)

el amante mas fiel, el mejor de los amigos, y
bre todo el mejor de los esposos: en una palab
espera hasta el último momento de su vida pa
cerse á mi padre, que es tan bueno, tan ag
dable, tan humano...

Con indignacion.

Ans. ¡ Ah! ¡ hija! tan falso... Todos se parecen.

Aparte.

No sé lo que me digo...

Un pensamiento. Acércate Eugenia...

En voz alta.

¿ Estás resuelta á ese lazo que para tí puede
mas feliz?

Eug. Sí, madre mia, pero con Don Narciso.

Ans. No te quejarás de que él se oponga, pues
él depende.

Eug. Ya me cuento por su esposa.

Ans. Está en el jardin, y quisiera hablarle.

Eug. En buen hora; al instante vendrá. *Vase*

SCENA V.

Doña Anselma sola.

Ans. Para quitar la máscara á una maldad que
encubre con tanta destreza, es preciso emp

artificio, más que me pese; además que el criminal objeto de mis justas sospechas, al fin me precisa á seguir sus lecciones. ¡Pero yo me confundo! ¿quándo ha usado él de ironía conmigo en estos ultrages? ¡Ah! esta es obra de mi tutor; ¿y de seguir mi esposo sus consejos? ¡y qué poder!... ¡No hay remedio! valgámonos del amor de don Narciso. En su edad el corazón ama con violencia: podrá servirme... Aquí viene... silencio.

SCENA VI.

Eugenia y Don Narciso.

A Don Narciso.

Sí, en breve, amigo, serás mi esposo, porque me dice mi querida madre que en tí está...

Eugenia, retírate.

Eugenia entra en el jardín, y cierra la puerta, y se queda que su madre, que no la pierde de vista. Después vuelve á los espectadores; después vuelve á cerrar la puerta, y se oculta muy pasito detrás de una cortina.

SCENA VII.

Doña Anselma y Don Narciso, y Eugenia escondida.

Ans. Ahora bien... Espero, amigo Don Narciso que no tomará vm. á mal que una madre sensible quiera salvar á su hija de los males insuperables del matrimonio... Será muy justo que el amor maternal conozca á fondo el esposo que la destina: esto pide mucho tiempo.

Narc. ¡Señora! Vm. me hace padecer: si alargada dicha, mil tormentos despedazan ya mi corazón: y á la verdad soy bien digno de lástima. Sin embargo, mi llama es tan pura, como el fuego que la anima. Me considero digno de la adorable Eugenia; ¿y la podría hacer desgraciada. La muerte sea mi premio, si lo pensára solamente... ¡Eugenia de mi corazón! ¡Destierra el amor para siempre de tu alma! Jamas profana el vicio un corazón, en que siempre habita el honor con tu adorable imágen.

Ans. Creeré cierto tu amor, si correspondes á la prueba que quiero hacer contigo: mira que si amas, el éxito de tu amor depende ya de tí.

Se queda suspensa por algunos momentos.

Tengo quejas de mi esposo, no sin fundamento; no quisiera dar á mi hija un compañero como él.

c. ¿Pues qué tiene de peligroso? ¡señora! mi dicha sería parecerme á él.

c. ¿A quién? ¿á ese cruel marido? ¿autor de mi aplicio? Sí; tú eres su cómplice... No lograrás la mano de mi hija.

Con desesperacion.

c. ¡Cielos, qué oigo!

c. ¿Qué has dicho tú?

c. ¿Es mal deseo el parecerme á un digno esposo en lo bueno que es? En todas partes le veo virtuoso, respetable: en fin, Don Juan es el mejor de los hombres: pero no sé si en secreto puede hacer otra cosa.

Ahora eres discreto.

Con mucho afecto.

c. ¡Ah señora! No tengo mas que una alma. En las manos de vm. la pongo... Decida vm. mi destino.

Se pone de rodillas.

...do á Eugenia, ó la muerte.

Alza... en dos palabras... no es delito, q la

una esposa sensible suponga á su marido agrava-
que no existen: pero esta duda es horroroso
sácame de ella... ¿Dime, no es tu amigo?

Narc. Así lo creo, y me honro en serlo suyo.

Ans. Pues bien: valido de esta familiaridad, y
seguir sus pasos con mucho zelo, y despues á
cirme todo, todo lo que veas.

Narc. ¡Cielos! ¡Yo delator de un amigo! Ser
tal empleo es poco digno de mí.

Ans. ¿Amas á Eugenia?

Narc. La adoro... Pero detesto la ignominia.

Ans. ¿Por qué temes, si la conducta de mi ma-
no es sospechosa?

Narc. Yo la respeto, y no la exâmino.

Con furor.

Ans. ¡Perverso!... Quando yo no viva, te ca-
con mi hija.

Sale detrás de la cortina.

Eug. ¿Y por qué no has de hacer lo que mi m-
dice? Dí que sí, Narciso mio: no es tan
cil seguir los pasos á mi padre; y yo no te
inconveniente en ello; pues como nada ha
malo, ¿qué importa que mi madre lo sepa?

Conturbada.

Ans. ¿Estabas aquí?

g. Sí, señora; todo lo he oído.

s. ¿No te dixes que te fueras?

g. ¡Ah! yo no escucho nada de otros;

Mirando á Narciso.

ero me he puesto á escuchar lo que me impor-

a: ¿no es esto natural, madre mia?

Aparte.

. ¡Ah! ¡atrevida! Todo mi plan ha trastornado.

SCENA VIII.

Los dichos, Gervasio, Justina, y despues

Don Juan.

v. Aquí está...

A su hija.

amos, hija... quiero hablar á la señora; ella es
mana, muy racional, y no sé cómo puede ar-
jar de su casa...

A Justina.

. ¡Cómo tienes atrevimiento!...

. Vengo con mi padre.

v. Señora, disculpe vm. á un anciano, y á un
dre, que teme que su hija...

. ¿Conoces su culpa?

. No, señora. Ptegunto y calla: imploro la

gracia de que vm. sosiegue mi agitacion.

En ademan de irse.

Ans. Ahí viene tu amo, que te lo dirá mejor yo: mejor lo sabe él.

Aparte al tiempo de entrar.

Juan. ¡Ola! ¡mi muger! ¡con el buen Gervasio Justina!

Just. ¡Señora! El honor, la caridad, todo se interesa en que vm. diga mi delito ántes de de- nos.

Ans. ¡Se puede dar mayor insolencia! Yo que ahorrar á tu pobre padre una pesadumbre... ¿ro lo quieres así? diré la horrorosa verdad...

Hablando con Gervasio.

¡Gervasio! Esta mañana aquí mismo, tu hi- dexaba abrazar de mi marido.

Con admiracion.

Gerv. ¡Quién! ¿ella?

Eug. No, no por cierto: ¡madre mia! oiga vm

A Eugenia con dulzura.

Juan. Calla, hija.

A su hija.

Gerv. ¿No respondes?

Just. El inocente sufre con humildad que se le se, y nó acusa á nadie.

v. ¡Señor! por Dios quíteme vm., si me estina, esta pesadumbre que acabará conmigo. Díame vm. solamente, no es culpable; y yo respiro.

n. ¡Gervasio!... Si hay un corazon casto, es de tu hija.

Con mucho contento.

v. ¡Ya descanso!

n. Ese supuesto abrazo, fué una inocente señal de mi gratitud á Justina por los cuidados que debe Eugenia... En esto que llega mi muger... divina tú lo demas.

v. Ya estoy... En efecto, Justina es tan modesta, que no me pude imaginar, señor, que se olvidára en un instante.... Pero la señora ha estado á perder á esta inocente: porque vm. sabe que el honor, nada es una muger. ¡Hija mia! ya voy sereno... Ven... volvamos á nuestra pobreza.... y vm., señora, otra vez no exponga á mí al mas cruel sonrojo sin motivos... Eso sí; pobres serémos, pero honrados.

v. Ves á lo que me exponen tus inauditos proyectos? á que unos criados insolentes, validos tu proteccion, me injurien en mi cara: y tú, el, ¿me dexas vengada con ese silencio?

Juan. Anselma: esto es ya demasiado serio... Mira en tu rededor, considera tu obra, y cuenta las víctimas que sacrificas, sin señalar sus delitos: conozco los míos: soy tu marido: infeliz por tu excesivo amor; y lo llevo con paciencia. ¿Pero qué derecho tienes para injuriar ni perseguir á los demás?

Con viveza y decoro.

Contempla ese buen anciano, á quien recompensas sus servicios con el mayor ultraje. Mira, hija, objeto de tu ódio implacable, guarda sin embargo un humilde y generoso silencio. ¿Tienes á nuestra Eugenia, á quien tus rigores quieren arrebatarnos dos bienes necesarios á su felicidad: al amante que adora, y á su leal Justina?

Señalándose á sí mismo.

Ultimamente; aquí tienes á tu único amigo, á tu fiel esposo; infeliz por ser un perpétuo blanco de tus injustos zelos: déxate, pues, mover de este triste espectáculo: cesa de emponzoñar la vida de tus dias: acuérdate de aquellos preciosos tiempos, tan preciosos, tan dulces, en que tu esposa amaba á su esposo sin sospecha... Ven, pobre Eugenia, échate á los pies de tu madre.

Eugenia se arrodilla.

Tus inocentes ruegos, unidos á mi ternura, mudarán su corazon, que ha nacido generoso, y que no está hecho para sufrir que nadie sea infeliz.

g. ¡Madre!

Conmovida.

s. Ven á mis brazos... no puedo mas.

1 *Don Juan con mucha ternura y expresion.*

Ven tambien, dulce amigo! ¡ven! ya cedo á tus bondades: aquí tienes este corazon, que tú has sanado.

A Gervasio.

No se hable mas de esto, fiel Gervasio... Justina, no dexes mi casa.

t. ¡Ay señora! es tiempo de que vaya á dar á mi padre los alivios que su hija le ha dado siempre: y ahora pagaré este tributo legítimo con tanta alegría, como que al salir de esta casa llevo de ella el buen concepto de vm.

¿Y te vas despues de todo?

Una muda entre Eugenia, Gervasio y Justina; estos dos últimos vanse.

. No puedo echarla nada en cara.. ¡Ah! que es uno de los mas preciosos bienes de este mundo el hacerse amable: lo conozco. No podia esperar de una triste conducta mas que el ódio y abandono

de todos. ¡Esposo! tu dicha estaba envenenada por mis furiosos zelos... todo me lo perdonas. Mucho tiempo hace que he estado perturbando el sosiego de tu corazon; pero no lo haré mas: a juro mi error... toma...

Le vuelve la caja.

Recobra esa caja, y su fatal secreto, que tanto me ha atormentado: renuncio para siempre á tus sospechas.

Juan. Voy á sacarte de dudas.

Aparte.

Debo hacer este sacrificio por su tranquilidad.

Abre la caja.

Mirando el retrato.

Ans. ¡Ay Dios! ¡que es de una muger!

Juan. Y bien: ¿no estás curada de tus zelos?

Con emocion.

Ans. ¡Y de una muger que no conozco!

Mirando por encima del hombro de su madre.

Eug. ¡Ay! ¡qué bonita!

Juan. En una palabra. No quiero dexar nada á tus sospechas. Créeme: hijo de la idea y capricho, ese retrato no tiene original en el verso entero.

¡Basta! Al fin soy dueña de mí misma. Yo guardo esta alhaja, regalo de tu ternura, para obsequiar un día á nuestros novios... y para reparar mejor la ofensa que ha sufrido una familia honrada, voy á que Gervasio me vuelva su hija.

Abraza á su marido.

SCENA IX.

dichos: Don Guillelmo entra en el momento que Doña Anselma abraza á su marido.

U. ¡Ola! aquí se abrazan. Esto es nuevo para mí.

Con desden.

¿Es malo esto?

U. ¡Vaya, vaya! ¡buen retrato! es un original sin copia.

No hay necesidad de copia.

Con desembarazo.

go á vm., señor Don Guillelmo, que si sus dadas oficiosos no turban mas la paz de mi ta, durará en ella muchos años. *Vase.*

U. ¡Qué sal tan picante! Pero no me hace me- , pues hasta que tu corazon se haya hecho de carácter firme, no dexaré de ser tu Mentor.

Le toma del brazo aparte.

¡Ahora bien! Ya ha venido la niña, que esperabas.

Juan. ¡Ay Dios!

En voz baxa.

¿No la has hablado?...

Guill. No por cierto. Lo peor es, que ha preguntado á la puerta ¿dónde vivias? y como eres conocido... ¿Tienes un criado fiel?

Juan. Mis gentes todas son á favor de mi muger y siempre les está preguntando.

Guill. Pues bien. Si nos quedáramos uno de dos....

Juan. Otro peligro...

Con reflexion repentina.

Guill. Aquí cerca hay, como sabes, algunas casadas.

Juan. Muy bien. Es lo mas seguro.

A Don Narciso en voz baxa.

Eug. ¿Qué tienen?

En voz baxa y con afecto.

Narc. Calla.

Guill. No perdamos tiempo... Narciso, ven con nosotros...

En voz baxa á Don Juan.

lo temas... que es un buen mozo, y nos ser-
rá.

Con naturalidad.

¿Le dexará vm. volver?

ll. Sí, sí; no tengas cuidado, que nosotros
sponderémos de él. *Vanse.*

S C E N A X.

Eugenia sola.

¡Qué fastidio! ¡llevarse su sobrino! ¿No es-
tía mejor en mi compañía? Sola, me voy á
urrir. Para obsequiar un dia á nuestros no-
s, dixo mi madre: esto será pronto... ¿Si seré
zelosa?... ¡Qué silencio reyna aquí!... Voy
casa de Gervasio... Mas no, que se enfadará
madre... Quedémonos, pues... Ahora que me
uerdo: allí está la aria que Narciso me ha re-
ado, que empieza: *Locas son las niñas*. La
ra es suya; ya no temo el fastidio: voy al
mo.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto solo.

Jac. No ha querido venir el coche; no es maravilla, pues no sé quién me ha dicho que ya gó; y por eso me vengo derecho á casa.

SCENA II.

Eugenia y Jacinto.

Eug. Ola, Jacinto.

Jac. Señorita, sea enhorabuena.

Eug. ¿De qué?

Con agradable sonrisa.

Jac. De una noticia, que vm. ya sabe.

Eug. Nada sé.

Jac. La señora esposa de Don Narciso: ¿no un bonito título? ¿A que es muy gracioso?

Eug. Mas bonito que otro.

Jac. Pues bien; así se titulará vm.

Eug. ¿Lo sabes?

Jac. Mucho que lo sé.. Y el título de esposa

Justina, ¿qué le parece á vm.?

g. Muy lindo.

o. Pues sepa vm. que sí: pero yo no la veo.

g. Puede que ahora venga.

SCENA III.

Los dichos y Doña Anselma.

g. ¡Madre mia! ¿vuelve Justina?...

o. No estaba en su casa; luego volveré á ver
n qué quedamos. Vaya, que es tiosa tu Justina.

g. ¡Pero es tan amable!

acinto èntretanto da muestras de contento.

Quiere vm. que la escriba una esquela? Ja-
nto la llevará.

o. Sí; y dila que aquí la espero, que quiero
ecirla que nada tengo con ella... Mas... se me
vidaba un grande encuentro... ¿Sabes que he
allado á tu padre, á Don Guillelmo y á tu
nante, que me han dicho que iban á casa de
n Notario? ¿Qué comprehendes de esto?

Sonriéndose con naturalidad.

o. Yo nada: pero déxelos vm. ¡Ah! mas quer-
á mi amante, si por vm. llega á ser mi es-

oso.

Vase.

S C E N A I V .

Doña Anselma, y Jacinto á un lado.

Ans. El mal que se sabe, no está léjos del mal que se teme.

Aparte.

Mucho me cuesta seducir á un criado : pero á mi amo : vamos allá.

Acércate, Jacinto, que no voy á reñirte.

Aparte.

Jac. No sería extraño.

Ans. Acércate, no temas... Aunque puede que tengas parte en los tormentos de mi corazón.

Jac. ¡Yo! ¿Señora?

Ans. Sí, Jacinto. A todas partes vas con tu amo, tú solo sabes dónde entra, y cuánto hace : no puedo vivir si no sé la conducta de mi querido esposo ; y por tu silencio, me has reducido á que le persiga, á que á todos os incomode, pues quando el amor vé claro, no es zeloso.

Jac. Pues yo siempre he oído que el amor no se gana ; y así sucede con vm. : quanto mas le abren á vm. los ojos, mas y mas los cierra para

nada: ó si los abre vm., es para ver lo que hay... En fin, si yo acusase á mi amo... Sí, señor, yo sería creído... pero como no puedo hablar sino mucho bien: ¿he? Jacinto es un pícaro... Jacinto nada dice... Señora: yo no soy como esos criados indignos, aduladores y embaucados, que hoy venderían por vm. á su amo, mañana la venderían á vm. por él... ¡Jesus! No sé cómo hay amos en el mundo, que derrochan su dinero para rodearse de traidores! Yo, señor, ver, y callar...

¿Te parece muy honrado ese modo de portarte, quando una palabra á tiempo puede sonar mi corazón? Si no tienes mal que decir á tu amo, callando arriesgas su sosiego y el tuyo. Si á una casada la fuera lícito ir á todas partes con su marido, no necesitaría yo de vos; pero sería feliz si supiera, que aun en ausencia piensa en mí: que en todas partes me tiene presente, que no hay distraccion para mí. Dime, ¿en saber yo esto ofendería tu honra? ¿ni por qué ha de ser peligroso un zelo que nos haría mas felices?

Si no es eso, señora... Yo diría la verdad; pero quién me asegura el que vm. me crea?

porque pasar por mentiroso, no siéndolo, siente mucho.

Ans. Pues bien, haz la prueba: y verás como mantienes la dulce paz jurada entre tu amo y

Jac. ¿Durará mucho?

Ans. Durará mientras viva; pero en tí consiste.

Jac. ¿Con que hay que contarla á vm. todo?

Ans. Y con mucha fidelidad.

Jac. Así será: fie vm... pero hagamos un convenio... Justina va á venir... he de lograr su mano... Mientras que yo sigo los pasos de mi amo, ama ha de seguir los pasos de Justina: y para que el reposo de nuestros corazones dependa de ellos, los dos nos dirémos la verdad: ¿es eso?

Volviéndose á un lado, y en voz baxa.

Ans. ¡Justos cielos! ¡A esta vileza he venido

En voz alta.

Anda, y mira si mi hija ha acabado de escribir

Vase Jacinto.

Don Narciso se niega por amistad: Jacinto pone por dura condicion... ¡Qué premio tan vergonzoso saco!... No: ya es tiempo de que conozca: dexémos de ofender á mi esposo:

os dicen que es fiel; ¿y por qué no lo he de creer?

Un Calesero en la puerta del foro.

s. Entre vm. recado al amo de la casa.

Aquí está la señora.

Saliendo.

s. Buenos dias, señora... Perdone vm... Aquí á mi librito de memorias... Lea vm.

Lee.

“Irás á casa de Don Juan Rosaverde... de parte de una señorita, que se le envia de Ciudad Real, y dirás que ha llegado.”

Recoge el Calesero su libro.

Al Calesero.

quién es, amigo mio, esa señorita?

No sé quién es... Pero presumo que es persona de importancia... Siento no haber podido ir ántes.

¿Dónde ha ido á parar?

Creo que estará todavía en la posada donde he llegado.

Aparte.

¡Ay cielos! ¿vendrán nuevos martirios?

En voz alta.

Aguarda, irémos juntos; que yo misma voy a buscarla.

Con confianza.

Cales. Pues le gustará á vm. mucho, porque es encantado de todos. *Vanse.*

SCENA V.

Jacinto solo, y despues Clemencia.

Doña Anselma en el acto de acabar de irse.

Jac. ¡Señora! ¡señora! ¡Anda con Dios! ¡buen viage! Pero yo soy muy zorro: eso de que me he de vender á mi amo, no: ¡mas sino hacen nada malo! ¡Vaya, que los zelos son un infierno! No: pues que se devane los sesos. Yo me voy á casar al instante con Justina, y á servir á Narciso... ¡Jesus! mas vale vivir en paz, con todos los tesoros...

Mira hácia dentro.

Vaya, que la niña es un plomo; y lleva tanto tiempo de no acabar la carta en toda su vida...

á Clemencia que la acompaña un criado, el
al se retira inmediatamente después de ha-
berla introducido.

Ola! ¡ola! ¿qué es esto?

Llegando con lentitud.

m. ¡Si seré bien recibida! ¡Dios mio!

Llegándose á ella.

. Una señorita como vm. merece mucho; no
uede ser mal recibida.

n. Ese es favor de vm.

. No gasto lisonjas, señorita: ¿qué trae vm.
uí?

n. Quisiera hablar al señor Don Juan.

. Ha salido.

n. Pues luego volveré.

¿Está vm. de prisa?

Deteniéndola.

¡gígame vm...

n. Busco solo al señor Don Juan.

Aparte.

Mas valiera que me buscára á mí.

. El sabe á lo que vengo.

En ese caso, hasta luego:

En ademan de irse.

á la tarde podrá vm. venir, y le hallará vm. amo en casa.

SCENA VI.

Los dichos y Eugenia.

Le da la carta á Jacinto.

Eug. Toma, Jacinto; vé corriendo.

Aparte mirando á Clemencia.

¡Qué bella persona!

Eugenia y Clemencia se saludan, y Jacinto mira con admiracion.

Con un poco de despecho.

Eug. Vamos, Jacinto, despáchate.

Jac. Voy corriendo...

Al oído de Clemencia.

Esta señorita, es la hija única del señor Don J.
y se llama Eugenia. *Vase.*

SCENA VII.

Eugenia y Clemencia.

*Eugenia mira por algun tiempo á Clemencia con
respeto y admiracion, y dice con naturalidad.*

¡No sé qué siento! una secreta alegría se apo-
era de mi corazon.

Esa es para mí gran dicha.

Mi corazon palpita...

Aparte.

¿Qué será esto? ¿quién es esta jóven forastera?...

En voz alta.

¡Esa dicha será para mí.

Aparte.

¿Por qué siento yo tanto gusto en verla? Siento
no sé qué, que me manda no la aparte de mí.
*pausa, mirando á Clemencia con mucha ac-
cion, y despues dice.*

¡Mia querida, dame tus brazos... yo no puedo con-
go misma...

Abrazándola.

El alma se me arranca al ver tan buen reci-
: admite estas lágrimas de contento.

Eug. A mí tambien se me saltan. ¿Qué cosa nos ternece así?

Clem. En tí es la piedad... en mí el agradecimiento.

Eug. Nada me debes... y yo cedo al poder de un afecto íntimo, que no es piedad sino mas amistad.

Clem. ¡Ay amiga! mas digna de piedad soy que tú por un afecto, y vengo á implorarla.

Eug. ¿Pues qué te sucede? dímelo todo: que yo puedo servirte de algun alivio, no sé qual. Pero las dos será mas feliz.

Llorando.

Clem. ¡Alma generosa!

Eug. ¿Por qué lloras?

Clem. No sé por qué infausta suerte de mis padres se me ha ocultado mi triste nacimiento. Esta vida la debo á los generosos socorros del señor Don Juan.

Con mucha accion.

Eug. ¿Mi padre?

Clem. Tu padre.... Me dió en lugar de madre una excelente muger, en cuya apacible morada he vivido diez y ocho años... ¿Por qué habia de morir una muger tan virtuosa, tan buena?

Eug. ¿Ha muerto?

2. Noche y dia la lloro, y por eso vengo á que
 a padre disponga de esta infeliz, dos veces huér-
 ana.

. Cuenta con mi padre: él mismo hará sus ve-
 es... ¿Le has visto ya?

2. Nunca le he visto... pero le amo... le amo...
 as bien como á padre, que como á bienhechor.
 spero, amiga, que con tu favor le veré.

. Yo me prometo ser feliz si te quedas en ca-
 ... Nos trataremos como hermanas.

2. No sé con qué secreto iman me atraes há-
 a tí.

¿Tienes diez y ocho años?

2. Sí.

. Mira, tú serás la mayor, pues yo no tengo
 as que quince.

2. No puede mi corazon aspirar á esa dulce pre-
 gativa contigo: pero sí seré tu fiel compañera.

No lo dudo... mas espera... mi madre puede
 e esté en el jardin; voy á llamarla... luego que
 vea, no te dexará salir de casa.

Vase corriendo.

. Amanece para mí una aurora de felicidades,
 a madre es como la hija.

SCENA VIII.

Clemencia y Don Juan: despues Don Guillermo, y despues Don Narciso.

Clem. Pasos siento.

Juan. Cuidado que me avisen al punto... ¡Cie
¡qué muger es esta!

Clem. ¡Señor!...

Juan. ¡Qué miro! ¡mi sorpresa es grande!

Clem. ¿Es vm. el señor Don Juan?

Atribulado.

Juan. Sí, señora... el mismo.

Aparte.

¡Qué vivo retrato!...

Arrodíllase.

Clem. Postrada... vengo...

Juan. Levanta... ¿eres Clemencia?

Clem. Sí, señor.

Aparte.

Juan. ¡Si parece que veo á su madre!

Clem. Señor, ¿le incomoda á vm. mi presencia?

Juan. ¡Qué dices, hija mia! ven, vuela á mis
zos...

Aparte.

¿Habrá espías? ¡Qué susto!

n. ¡Mi bienhechor, mi padre!

Entrando con agitacion.

ll. ¡No hay remedio! es ella.

n. Ella es.

Toma de la mano á Clemencia.

ll. Sígueme. Por un instante no se ha descubierto todo.

A Don Juan.

¿Está abierta la puerta del jardín?

n. Hay está la llave.

ll. Bueno.

Asustada.

¿Qué es esto!

A Clemencia.

ll. Serénate.

Aparte.

¿Qué es menester entereza.

A Don Juan

Mirada un intrépido silencio: mira que esta criatura va á decidir tu suerte: voy á mi casa para mas seguridad; que quando sea tiempo iremos á la Gervasio.

Sale corriendo.

Narc. Aquí viene Doña Anselma.

Juan. ¡Ay Dios!

Guill. Vamos pronto.

A Don Juan.

Y tú, quédate aquí, firme y sereno. Cuidado.

Vase con Clemencia por la puerta del jardín.

SCENA IX.

Don Juan y Doña Anselma.

Aparte.

Juan. ¡Funesta rabia! ¡comprometer así mi nombre y el suyo!...

Con cachaza é ironía.

Ans. ¡Qué horror! ¿Es verdad, esposo?

Friamente, y después del mismo modo.

Juan. ¡Con que has venido, muger!

Ans. Sí, fiel esposo: aquí tienes á tu muger que te pregunta sin prosa y sin rodéos ¿qué preciso objeto esperabas de Ciudad Real?

Juan. ¿No te lo han dicho?

Con dulzura.

Ans. Sí, hijo mio.

Con furor.

¡, perjuro! ¿Con que en el mismo instante en que tu boca me jura no dar en adelante á mi indolente corazón sospechas terribles, ni tormentos horrorosos; en el dulce momento en que este corazón mas sereno buscaba un asilo para siempre en el tuyo, abusando de mi candor, dispones los cobardes preparativos de una infidelidad á la niña... vamos... responde... ¿quien es? todos me dicen que es muy hermosa: ¿qué trae á Madrid? ¿por qué pregunta por tí?

¿. Es natural que me la envíe algun amigo, y yo recibiré con mucho gusto.

¿Qué pronto has encontrado ese amigo! ¿por qué pones espías que te avisen?

¿. Ninguna he puesto.

Con viveza.

¿Pues por qué... (yo me desespero) por qué has visto esta mañana en cierta parte á Jacinto preguntando á todos? Mas aquí viene...

¿. ¡Muger! no entiendo nada de quanto dices.

SCENA X.

Los dichos y Jacinto.

Jac. ¿Con que Justina se va para siempre á casa?

Ans. Me alegro en este momento que vengas.

Juan. Por Dios que no me inquietes, esposa... complaces en comprometerme con todos mis cuidados... Hasta ahora he sido víctima de mi corazón bueno y compasivo... pero basta... estoy cansado de esta vida... es menester adoptar unos medios, para salir de tan penoso estado. Soy tu tierno y fiel esposo, ó no lo soy; si tienes prueba de mi infidelidad, ahórrate de darme nuevos pesares. Sea el último castigo á mi conducta el mas pronto abandono, el mas justo desprecio. Pero si siempre amante de mi esposa, guardado religiosamente la fé que te juré, si no he sido idólatra tuyo y de tu honor, eres injusta si no me pagas con la dicha que me debes.

Ans. Haz, pues, la mia cruel; y si tanto me amaras, dime al instante ¿quién es esa forastera ¿de dónde la conoces?.. Dí... ¿qué respondes?... ¿Sabes que ese silencio expone tu

¿á sospechas muy feas, y que esa niña podrá
 también atraerse con tu proteccion una mala
 fortuna? Dicen que se halla en situacion desgra-
 da: se alaba su atractivo... y tú puedes com-
 sivo y rico...
 n. No prosigas, injusta... Yo iba á descubrirte
 te inocente misterio... pero... callémos.

Con furor.

Mira que me precipitas... Me pones furio-
 , y me haces capaz de todo. Diez y seis años
 han sido para mí una tenebrosa noche, que han
 oscurecido mucho mas tus diestras imposturas.
 hasta aquí creí haberte acusado sin razon; pero
 fin mis sospechas han hallado fundamento.
 a no puedes llamar mi desconfianza rabia fu-
 esta, ciego frenesí... Mas no te alabes, hom-
 e artificioso, de que ocultarás de mi vista á
 i rival... Si la escondieses en el centro de la
 terra, allí la descubriría.

¿Con que esta paz, es como si dixéramos
 na guerra?

¡Qué digo yo! ¡Dónde voy á parar! Mira...
 partido mas prudente es el de separarnos: ya
 no podemos vivir juntos: ambos maldecimos el
 lazo que nos une: rompiéndolo, serémos felices.

Juan. Sí por cierto: tienes razon...

Con firmeza.

Bastante ha atormentado ese lazo mi deplorable vida... Separémonos.

Ans. ¡Corazon vil! ¡Eso quisieras!

Con pausa y furor.

¡Quieres tu libertad!... mas no la tendrás... Desde este momento no me echarás de tu lado... A todas partes irás conmigo... he de tu sombra.

Con furor.

Juan. Acabémos... estoy harto de tus innumerales injurias: aborrezco tu horrendo amor... quiero tu ódio... te hablo por la última vez así: y voy á hablarte como dueño. Mira, desde hoy en adelante, tu esposo quiere mandar en casa. Hasta aquí te he querido ceder el mando... Toda mi familia, hasta hoy acostumbrada á venderme, solo á mí han de obedecer... y no á la calle. Por la mañana, por la tarde y todas horas, que entre ó salga, no ha de haber espías á mi lado: y cuidado sobre todo con que me preguntes nada. Bastante me han ultrajado tus dudas... Cuidado con que este plan se altere en lo mas mínimo... porque si me vuelvo

seguir, se acabó todo; y yo soy el que de
 me separo para siempre. Dia vendrá en que
 rozcas tu delirio: maldecirás tu manía, tus
 saltantes sospechas, y volverás á mí; pero en
 o... A Dios.

*Entra en su habitacion, y cierra la puerta
 con violencia.*

Desmayándose.

¡Ay Dios! Así me dexa...

Socorriéndola.

¡Señora!...

Anselma se dexa caer sobre Jacinto.

ñor! ¡señor! Venga vm. que se muere. Está
 do.

Reponiéndose.

¡Cruel! Es capaz de dexarme morir.

SCENA XI.

Los dichos, Eugenia y Don Narciso.

Aparte.

¡O! ¡bárbaro marido!

A Narciso.

Eug. Ya te digo, que quiero hablar á mi madre.

Ans. ¿Qué me quieres?

Eug. En una palabra... Aquí ha venido una señorita poco hace, y ha preguntado por mi padre.

Ans. Acaba, dí...

Aparte.

Yo sabré el misterio.

Eug. Es muy linda, y tan desgraciada la pobre. Mire vm., yo lloraba quando me refería...

A Don Narciso, que la tira la ropa para que calle.

Déxame decir...

A Don Narciso con seriedad.

Ans. Déxela vm.

A su hija.

Pròsigue, hija mia.

Eug. La pobre, ignora su familia. Dice que su padre es su único consuelo. He corrido en busca de vm... porque vm... es lo mismo.

Ans. En fin, ¿dónde está esa niña?

Eug. En casa de Don Guillelmo... Sin duda él le da un asilo; pero yo hubiera querido que yo la viese, y hubiera tambien querido que se quedase en casa con Justina.

¡Ah! sí. Justina está en casa de su padre, y quiere volver.

¿Qué? ¿está todavía enojada? Yo iría ahora a verla, si mi madre quisiera.

Anda, pues; Jacinto irá contigo.

Apárte.

Los dos me estorban.

Eugenia y Jacinto: Don Narciso quiere casarse con Eugenia; pero se lo impide Doña Anselma.

SCENA XII.

Doña Anselma y Don Narciso.

Abreviémos mi suplicio, Don Narciso. Bien lo habia yo dicho. Sí: eres su cómplice.

Con asombro.

¿De quién?

Ya me entiendes... Una criatura acaba de concertar vuestros pérfidos planes.

¡Señora! ¡en honor!...

¿Qué! ¿no he visto yo tus señas, que indistintamente tu traicion?

Con el mayor calor.

¡Señora! ¿es posible que vm. me haga esa pregunta? El engañar á vm. ¿no sería renunciar

á la dicha que me prometo de su ternura? ¿
es vm. dueña en el dia de mi destino? ¿y p
do yo venderla sin sacrificarme?

Ans. No bastan palabras para convencerme; q
ro obras... Llévame á casa de tu tio, ántes
tenga tiempo de sacar de allí á la forast
quiero saber de una vez si tengo razon, ó

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

A ella.

¿Sabe vm. que yo no mando en su casa?

Ans. Al instante.

Narc. Reflexíone vm...

Ans. Nada reflexiono... Vamos, ó no te cas
Piénsalo bien.

Aparte.

Narc. ¡O exponerlos á todos, ó perder lo
mas amo!

Ans. ¿Dudas? iré sola.

Narc. Espere vm.: allá voy.

Ans. Pues vamos.

Narc. Vamos...

Aparte al tiempo de irse.

¡Ay Dios! solo por milagro saldremos de
peligro.

ACTO CUARTO.

El teatro representa la casa de Gervasio.

SCENA PRIMERA.

Gervasio y Justina.

v. ¡Bueno!

ocando algunos muebles por una y otra parte.

Todo está como el amo quiere: ¿no está bien?

Di.

t. Muy bien está.

Suspirando.

Pero á qué viene todo esto? ¿quién es esa se-
ñorita que ha de vivir con nosotros, sin que lo
sepa nadie?

v. ¿Qué te importa?

t. No sé qué me da el corazón: temo nos ven-
gan muchas pesadumbres; y no pocas á ellos.

v. Escucha, Justina: mi amo no se parece en
nada á su padre: no es, como él, impetuoso,
ni aficionado de sus gustos, ni calavera; ántes bien se
parece á su madre de modesto y prudente. Su padre me que-
rió enriquecer porque le ayudase en sus vicios;

el hijo me echaría si tal hiciera. Pues bien: hombre, como él, no es capaz de comprometernos. ¿Piensas tú que yo hubiera aceptado una casa que nos regala, si hubiese creído mala intencion? No, no creas que manche con ninguna infamia esta morada.

Just. Que el cielo me confunda, si dudo y su honradez. Lo que yo temo son los zelos de su esposa, furiosos arrebatos de su loco amo. Ya sabe vm. que por eso no estoy á su lado con que...

Gerv. No hablémos mas de eso.

Just. Sí, que á la menor cosa que vea, y que ella se le figure, no lo echará todo á rodar.

Gerv. Enhorabuena. Venga aquí á desahogarse: la diré una sola palabra. En mi casa, señora, soy el amo. Si el señor Don Juan no quiere serlo en la suya, él se entenderá: vm. no tiene aquí sobre Gervasio poder alguno: á lo diré, ya lo verás.

Con viveza.

¡Que mi amo no tenga tanto valor como pero ya que él no se atreve, yo me atrevo. Preciso es servirlo.

Just. Dios quiera que no se arda la casa; y

vm. no lo pague.

erv. ¿He? nada temo.

SCENA II.

Los dichos, Eugenia y Jacinto.

g. ¿Esto se acabó?

A Justina.

Con que no quieres venir: ¿he?...

st. ¡Qué! ¿vm. misma viene, señorita?

g. ¡No hables! Ya sabes lo que te quiero: bien podrá ser que tú no quieras vivir conmigo; pero yo no puedo estar sin tí mucho tiempo.

A Eugenia.

st. Cada vez me favorece vm. mas.

A Gervasio.

¿Sabe vm., padre mio, que quando vm. salió, recibí de Eugenia un recado muy atento? ¡Mire vm. qué bondad!

A Eugenia.

¿Quiere vm. que enseñe á mi padre la carta?

A Justina.

g. Sí.

A Gervasio.

Mas yo escribo muy mal: tengo buen corazon,

sí; pero poco entendimiento.

Gerv. ¡Qué candor!...

A Justina.

Eug. ¿Perdonas á mi madre? Dí...

Just. ¿Quién se acuerda de eso? Quítele vm. los celos, y á fé mia que al instante voy.

Con importancia.

Jac. Mira, Justina, que yo no consiento en ello.

Eug. ¿Por qué, Jacinto?

Jac. Porque es muy zelosa...

A Justina.

Si vuelves á su casa, busca quien se case contigo, porque...

Just. No prosigas.

Jac. Porque has de saber...

Eug. Calla hombre...

Just. Señorita, yo volveré: mi corazón, la bondad de vm., todo me obliga: pero la que es zelosa, está muy cerca de ser inhumana: ultrajada hoy, también mañana lo seré; y poco después me volverán á echar con ignominia. Mejor es una cosa: dentro de pocos dias se casa vm. al instante voy á servirla, siempre que mi pa-
quiera.

Eug. Pues bien, abrázame, querida. Y tú, G

Vasio, ¿consientes en ello? Nada pierdes: yo salgo á que tu hija estará contenta.

erv. Consiento de corazon; y léjos de inquietarme, envidio su suerte.

ac. Esto va bien, y á mi gusto.

A Justina.

Ahora sí que seré tu marido.

En voz baxa.

ust. Y yo, señor Jacinto, enmendaré á vm.: no se me olyidará, no, eso de que busque otro marido.

SCENA III.

*Los dichos, Don Juan, Clemencia
y Don Guillelmo.*

erv. ¿Qué ruido es ese?

uan. Soy yo.

A Justina.

ug. Ella es.

em. ¡Ay Dios!

uan. No temas:

Aparte mirando á Eugenia.

En esta morada nadie se meterá contigo.

Aparte.

¡Ay cielos! Mi hija aquí...

A Eugenia en voz alta.

¿Qué haces aquí?...

Eug. Vengo á que Justina vuelva á casa.

Juan. Justina tiene que quedarse en la de padre.

En voz baxa.

Guill. Pues estamos serenos, aprovechémos momentos: quiero hablarte sin testigos.

En voz baxa.

Juan. Yo tambien.

En voz alta.

Gervasio: ya conoces la huéspedada que te traigo

Aparte.

Just. ¡Qué linda es!

A Justina y Gervasio.

Jac. ¿No lo habia dicho yo, que era como sol?

A Clemencia.

Juan. Esta casa es la mansion de la virtud y recogimiento: no dudo que por lo mismo es contenta: pero con todo eso, quiero darte gusto: mira si te acomoda; vé con Gervasio.

En voz baxa á Gervasio..

Entretenlos.

A Eugenia, Justina, Jacinto y Clemencia.

erv. Vengan vms. á ver mi huertecita, que la he compuesto; y á buen seguro que les ha de gustar. *Vase con Clemencia.*

SCENA IV.

Don Juan y Don Guillelmo.

uill. Al fin estamos solos. Ahora bien, amigo mio: ¿dèxarás tu obra á medias?

ian. No por cierto; eso no.

uill. Sin embargo, á pesar de tu intencion de evitar que Eugenia pudiera ver y decir, la ves aquí. Pero si acaso crees que tarde ó temprano se sabrá, ¿qué piensas hacer?

Con firmeza.

Hablémos como hombres.

Conturbado.

ian. ¿Qué harías tú? En el punto en que estamos, harías, me parece, de la necesidad virtud.

uill. Decirlo todo: ¿no es eso? ¿y tu juramento?

ian. ¿Pues no querías?...
B. C.

Guill. Sí, quando era tiempo... En mi primer sistema, la llegada de Clemencia te volvía la pe testad que debe tener un marido en el seno de su familia: mas ahora que tu muger sabe que ha querido esconderla de su vista, aunque derramas tu sangre para probarle que era tu legítima hija, no lo creerá. Hará malos juicios de los dos... ¡ *Mentira!* exclamará: ¡ *Infame disculpa!* y bien léjos de agotar el perenne manantial de tus males, tu confesion intempestiva los aumentará.

Juan. Verdad es: mas ya que me indicas el mal ¿ por qué no me das el remedio ?

Guill. ¿ Quieres ser siempre débil ? padece, sufre y no esperes mi socorro... ¿ No te estremece abochorna esa vil dependencia en que vives, fruto amargo y vergonzoso de una contemplacion que yo con razon llamaré pusilanimidad ? Escucha mis consejos; síguelos, y hoy mismo recobras tu imperio.

Juan. Habla, amigo mio; que ya es tiempo de que mi alma respire.

Guill. ¡ Bueno ! pues voy á hacerte libre á toda costa. Comienza solamente: yo me encargo de los demas.

an. Así lo haré.

mill. Ese secreto que tú crees tan funesto, lo ha de saber tu muger aun sin preguntarlo. No ignoras que lo que se oculta, es lo primero que se sabe. Entónces hazte sordo al impetuoso clamor de su delirio: respeta con fidelidad la madre de Clemencia, pues faltando al juramento solemne que la hiciste, te haces perjuro sin hacerte feliz. Por el pronto se extrañará tu silencio; pero vas á mejorar de suerte: oye lo que te dicen el honor y la amistad; y sabe que guardando este secreto á tu zelosa muger, rompes el yugo que te impone. Clemencia es el pretexto, y tu paz y tu sosiego la causa.

an. Tiemblo al considerar...

mill. ¡Qué! ¿tiemblas?

an. ¿Qué resultará de aquí?

mill. Que viendo tu muger que mudas el tono suave, que la habia ensoberbecido, en un tono firme y varonil, conocerá de una vez que su reynado pasó.

an. Al instante verás qué furoros, qué vahídos, qué congojas...

mill. ¿Qué importa? Miéntas ella se crea fuerte por tu flaqueza, el furor, los vahídos, las congo-

jas, se multiplicarán á lo infinito.

Juan. Mira, que amenaza con el divorcio.

Guill. En eso te indica lo que tú debes hacer.

Juan. Y tú que nos uniste, ¿nos quieres separar?

Guill. Quiero reparar un mal que hice: pues mira: ese terrible divorcio, es el único remedio de tus males.

Juan. ¡Separarme de ella! ¡Gran Dios! ¡oigo!

Guill. ¿Te conturbas?... ¿tiembles?... No, no separarás; pero finge que lo quieres así.

Juan. ¿No podíamos hallar otro medio ménos duro, que sin mudar su corazón, mudase su carácter? ¿que me volviese mis derechos sin quitar su precioso amor?... temo que mi dureza haga aborrecible, sin remedio tal vez.

Guill. No prosigas... ¡hombre sin energía! No despertará ya el letargo de tu alma. Ya se ve: diez y seis años no has aprendido otra cosa.

Con entereza.

Pues mira; te digo que te amo, que deseo bien, que haré por tí un sacrificio. Si sigues sistema, todos quedan satisfechos: tienes imperturbable paz en tu familia: corregida tu mujer y yo esposo de Clemencia.

Con confusion.

n. ¡De Clemencia!...

ll. Sí: míralo bien. La rendiré mi fé luego que haya hecho dueño absoluto de tu casa. Canda tu muger de su desgraciada vida, abjurará su doloroso error. Pronto una corta tempestad nos llevará á todos al puerto. ¿Quieres, ó no quieres? ¿dudas? pues perece en tu suerte.

En ademan de irse.

Dios.

n. Espera...

ll. No espero, ni un momento: á Dios.

n. Vuélve... convengo, amigo: quiero ser digno de tu fina amistad. Cueste lo que cueste. Válgame Dios! Conozco que es tiempo de empezar el rigor. Debo este holocausto terrible al fuego de mi casa; al amigo que se digna hacer una cosa á mi hija... vamos... estoy resuelto... hoy mismo será.

Con firmeza.

ll. ¡Dios quiera que la razon labre y dome esa confusion!

n. Te lo juro.

ll. Pues sé consiguiente. Entónces, si Clemencia me quiere, soy su esposo: me tendré por fe-

liz de haber hecho tu dicha y la suya; nada exíjo; nada mas exâmino.

SCENA V.

Los dichos y Don Narciso.

Apresurado.

Narc. Dudaba que vms. estuviesen aquí : me ale

Guill. ¡Qué pálido vienes!

Narc. ¡Es que tiemblo! ¡Sí, señor! ¡tiemblo!

Guill. Y bien: acaba.

Narc. Ante todas cosas quisiera mi perdon.

Con viveza.

Guill. ¿Dé qué? prosigue... pronto.

Narc. De la libertad que me he tomado en casa de vm. con Doña Anselma; quando no estaba en ella, la qual lo exígió con un absolto, y ha sido preciso.

Guill. ¿No hay mas? Anda... Ya estás pernado...

Riéndose.

¿A quién ha encontrado ella en mi casa?

Narc. A nadie, por fortuna; pero todo lo ha vuelto por escudriñar.

z. ¡Qué horrible conducta!

e. En fin, cansada de buscar, dice: ¡Pues! ya
n escapado... Ven conmigo, me acompañarás
ni casa; tendrás el premio que merece tu buen
lo: y yo acabo de dexarla en su casa.

z. Vaya que su manía la ha vuelto loca: pe-
llevémos á Clemencia á tu casa, á lo ménos
r hoy; que es probable no vuelva mi muger.

l. ¿Quién, ella? es muy probable que vuelva
s no importa... vamos allá: que venga á ver-
; voy á prepararme para recibirla.

z. Lo que siento es que el retrato en nada di-
e... ¡Estoy impaciente! ya quisiera estar en
casa.

l. Yo tambien quisiera: que entren aquí.

e. Ya vienen; aquí están.

SCENA VI.

os dichos, Eugenia, Clemencia, Justina,
Gervasio y Jacinto.

e. Amigo Gervasio, agradezco tus cuidados;
llevo á Clemencia.

Aparte.

Ya respiro.

Geru. ¡Señor! ya sabe vm. que puede disponer

A Clemencia.

Juan. Ven, Clemencia...

A Eugenia.

Síguenos, hija mia:

Todos los actores toman el camino de la puerta; unos para irse, otros para despedirlos, y quedan en escena muda, conturbados durante una pausa; y sale Doña Anselma.

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

Aparte.

Juan. ¡Tiemblo!

Ans. ¿A dónde llevas esa ninfa? Este objeto de atractivos, es sin duda el que habias jurado que yo no vería...

Toma á Clemencia de la mano.

No se asuste vm., señorita... Venga vm. acá

Aparte.

No me han engañado... es una deidad en efecto

Eug. ¿No es verdad, madre mia?

Ans. Vaya que mi marido tiene buena elección; ¡qué ojos tan peregrinos! en fin, perfecta en

Con exclamacion moderada.

¿Qué miro! ¡yo conozco esta cara! ¡es posible! Acérquese vm., hija mia... ¡Ay Dios!

Se enfrenta á Clemencia con el retrato.

¿Quién hubiera podido precaver este suceso!

Me acuerdo que me dixiste: ese retrato, hijo de la idea y del capricho, no tiene original en el universo entero. Ahí tienes: júzgate á tí mismo. Éste es el digno objeto que arrancaba tus suspiros: objeto de tus delinquentes deseos.

Señalando á Don Guillelmo y Gervasio.

Aquí tienes tu crimen, y aquí tus cómplices.

L. Señora, muchas gracias.

Díme: ¿dónde habrá cadahalso que pueda castigarle, y cuya crueldad iguale á tu infamia y á la fé? Y vosotros, tiernos amigos, protectores de sus vicios, ¿qué merecéis? Hablad...

L. Yo, á quien no han hecho nunca mella tus insultos denuestos, digo, que con nada se me puede pagar el importante servicio que iba á hacer. No digo mas: pero no me mezcléis en vuestras quimeras domésticas.

Ans. ¿Pues quién las causa todas, sino vm. vm. que...

Guill. Espero no te olvidarás ahora, ni nunca que un tutor es un padre; y que yo lo fuí.

Ans. Tiene vm. razon. Llene vm. de angustia casa: calumnie vm. á su muger con mi esposo: emponzoñe su alma con malos consejos: sea vm. siempre su mentor, y mi persecucion. Yo he sido vm. mi tutor, y es fuerza aguantar.

A Don Narciso.

¡Pero tú! ¿cómo tienes valor de ayudar á mis enemigos? ¡Quién me lo hubiera dicho! ¿qué piedad tendrás de mi hija, quando léjos de tí te timarte de las desgracias de su madre, sirves vilmente á los autores de mi dolor amargo! ¿cómo pensabais que estaba ahora en mi casa: la mortal conturbacion que se apoderó de mi alma, dixo á mi corazon: *no te engañas...* ¿dices? ¿No te confundes? ¿No te traga la tierra?

Con dignidad.

Narc. No, señora... Quando vm. está ya por responderme, debo yo callar: arrebatéme v. el único bien de mi corazon: llene vm. mi vida de amargura; pero ninguno creerá que yo la he

do en el momento feliz en que iba á obtener
que mas adoro.

Bien está: pero no cuentes con la mano de
Eugenia.

A Don Narciso.

¡Buenos estamos! Tú haces mal, y yo lo
ago.

*Narciso, Don Juan, y Don Guillelmo la
prometen por señas que no será así.*

A Gervasio.

¡Y tú, viejo taimado! ¡traidor! ¿has consen-
tido en prestar tu casa?

¿Tambien me acusa vm.?

Sí: mas que á otro. ¡Ya conozco quien eres!
Buen papel! El amo y el criado se entienden:
¿qué servicios tan dignos de un hombre de bien!

Señora... ¿con qué derecho puede vm. lle-
varme de oprobio y de ignominia?...

A Don Juan.

y señor! muy caros son los beneficios de vm.,
y os he de pagar á tanta costa. Dos veces en un
solo dia, la señora nos ha cogido para víctimas
de su injusta rabia. Basta.. Ven, hija mia, ven á
qualquier parte con tu padre: á una cueva: vi-

vamos siempre pobres, pero honrados.

Ans. Viejo sentencioso é imprudente, ¿quieres esta mónita desmentir la evidencia? ¿quieres mentan mis ojos? Y por último, ¿no he co el fraude en tu casa?

Gerv. ¿Y no puede estar esta señorita en mi sin delito?

Clem. Señora, no haga vm. mayor la desgracia me oprime. He dexado el lugar de mi nacimiento donde pasaba mi triste vida, por venir á plorar socorros generosos, y en vez de cari encuentro...

Ans. ¿Pues quién es vm.?

Clem. Señora, lo ignoro... Lo que sé de mi inta suerte es, que ha sido ménos rigorosa po cuidados del señor Don Juan.

Ans. ¿Qué edad tiene vm.?

Clem. Diez y ocho años.

Ans. ¿Cómo se llama vm.?

Clem. Clemencia... Yo esperaba mi dicha, y que mis desgracias comienzan de nuevo: apenas he llegado á ver á mi protector, vec traigo la discordia á su casa.

A su marido.

¿Con qué hace diez y ocho años que cuidas esa niña?

Con sequeidad.

n. Sí...

¿Sin duda conocerás su familia?

n. Sí...

¿No puedo saber quién es?

n. No.

¿Tal secreto?...

n. No es mio el secreto.

Eres muy prudente.

n. Debo serlo á lo ménos.

¿Pues de quién es ese misterio tan grande?

n. De Clemencia sola.

n. ¡Señor! ¿por qué lo calla vm.?... Si esto puede serenar...

Con dulzura.

n. ¡Calla, inocente!

Si Clemencia lo quiere decir, ¿qué reparo tienes?

n. La razon lo prohíbe.

¿Qué suerte destinas á esta señorita?

n. La suerte mas feliz y mas digna de ella.

Con cachaza.

Ans. ¿Pues por qué no la llevas á casa? ¿ó ese tido está tambien prohibido por la razon?

Juan. Es imposible.

Ans. ¿Es imposible?... ¡Ah! ¡traidor!

Con viveza y depriosa.

Mira como te he sabido traer al punto de tú querias huir: así das á conocer el proyecto odioso de tu corazon corrompido: no, no biéras podido ejecutarlo en mi casa: todos bierais tenido miedo á mi prespicaz vista, mi justa venganza. En efecto, era mas cómodo y mas seguro buscar en Madrid un asilo poco conocido, que á lo ménos por largo tiempo ocultase tu incauta víctima. Es muy sensible para tí, que la casualidad me envíe á tiempo desbaratar tus planes, y quebrar el hilo de novela.

A Clemencia.

Pero sin recibir á vm. en el seno de mi familia no dexaré de prestarla el mayor cuidado.

Juan. ¡Qué dices!

Ans. Te digo, que ántes de poco tiempo te abato el objeto de tu delinqüente fuego: para proporcionarla una cárcel, vendrá la ley

ni socorro: no: no la salvarás de la vista vigilante de la justicia: y quando tu heroína haya enido la suerte que merece, pediré que se disuelvan los lazos que me unen á tu persona.

m. ¡Dios mio! ¿Me tenias destinadas estas frentas?

m. ¿Amenazas perder á esa infeliz? Pues mira: ese proyecto, hijo de un corazon de hiel, no puede tener execucion.

Á Clemencia.

En Clemencia, no temas que nadie te arranque de mis brazos. Nadie sabrá por ahora el nombre de tu familia, y quando yo quiera que se sepa, mis mayores enemigos cederán delante de tí... Y qué? ¿hemos de acudir á un tribunal para separarnos? Mi corazon quiere sin remedio el divorcio; por ese feliz divorcio suspiró sin que la ley me fuerce: pero si uno de nosotros dos tiene derecho á implorar el auxilio del Magistrado para desatar un lazo, que ha sido el azote de mis dias, soy yo solo el que le tengo, y no la zelofuria que pagó mis beneficios con tanta barbarie... ¡Qué horrendo espectáculo se ofrece á mi vista en este lugar! Todos los corazones despedazados; todos los ojos bañados en lágrimas: los

parientes, los amigos, los criados, y el amo de la casa en rededor tuyo: ¡cruel! no hay un viviente, que no haya experimentado los gozos de tu furor... Solo te quedaba un amigo: ese es tu esposo: mas quién en el mundo de nadie te compadeciera, merece al fin que el mundo la abandone. No hay remedio: está hecho: no te deses mas en convertirme de esta firme resolución. Ya te acordarás que te lo dixé.

Echando á llorar.

Eug. Madre de mi corazon; ¿qué hace vm.?

A Eugenia.

Juan. Ven, hija mia, y sigue á tu padre.

Aparte á Don Juan.

Guill. Bueno... Vámonos al instante, si quisiera que esta crisis obre.

a Juan, yéndose con Clemencia y los demas,
 vuelve con sensibilidad hácia su muger. Don
 illelmo le obliga á irse pronto. Doña Ansel-
 mo tiene al rededor de sí mas quẽ á Gervasio,
 tina y Jacinto, que quedan como admirados.
 a misma absorta, y guardando un profundo
 ocio, se queda algun tiempo con los brazos
 zados, y la cabeza inclinada sobre el pecho
 tierdo: despues levanta la cabeza, vuelve con
 quidez los ojos hácia el cielo, dexa descan-
 la frente sobre sus dos manos juntas, y sale,
 sos lentos, sin decir palabra; pero denotando
 en su accion la mayor desesperacion.

rvasio, Justina, y Jacinto vanse con ella.

ACTO QUINTO.

La escena es en casa de Don Guillelmo. teatro representa un salon con su gabinete, diferentes puertas laterales, que caen al interior como al exterior de la casa. A la izquierda del espectáculo hay una gran mesa en forma de escritorio, con dos velas encendidas y recadas para escribir. Don Guillelmo está sentado á la mesa en una silla poltrona, con la pluma en la mano. Don Juan sentado en otra silla enfrente, en una actitud dolorosa, con una mano sobre la frente y la otra mano entre las dos de Don Narciso, á qual está de pie cerca de él. Eugenia, no lejos de allí, y al mismo lado, con Clemencia, á quien consuela. Tal es el espectáculo, que debe ofrecerse en la escena al levantarse el telon.

SCENA PRIMERA.

Don Guillelmo, Don Juan, Don Narciso, Eugenia y Clemencia en las actitudes dichas.

Guill. Vamos: ¿quieres guardar un eterno silencio?

m. ¡Ay! que mi corazon está despedazado...
No, no escribas; no puedo consentirlo.

ill. ¿Cómo te desmientes tan pronto? Si yo hubiera creído que á tu valor habia de seguir una mas pequeña sombra de semejante repugnancia, y que yo el mas fervoroso, el mejor de mis amigos me habia de hallar comprometido finalmente, puedes estar seguro que léjos de condescender tu suerte, te hubiera abandonado á ella sin lástima.

n. ¡Amigo tierno y cruel! me arrancas el alma. Tú no conoces el corazon de mi esposa: no penetras que sola y sin socorro, es capaz... ¡ay Dios! de quitarse la vida.

Con emocion.

c. Yo iré, si vm. quiere.

Con aspereza.

ll. No es menester.

Llorando.

c. No, no; yo iré.

ll. ¡Otro emisario! Vosotros sois unos niños: obrad en buen hora; pero apartaos de aquí... ¿temes, Don Juan, que se quite la vida?... Además de que su delirio no es de esa clase: no conoces que su conducta tiene por objeto

el vivir, y el vivir á su antojo? En fin, yo sé que este es el único remedio de componerlo... ¿Y qué has hecho hasta aquí? meter... do: ¿no es eso? ¿Y qué es el ruido?... na. Mira: si su alma está intimidada, has de dar que un paso mas decisivo, aumentando su temor, va á volverte para siempre tus derechos usurpados, y tu reposo.

Juan. Lo que me mata, Don Guillelmo, es aunque por apariencia, ella tiene razon.

Con ironía.

Guill. Sin duda; y el universo entero creerá que has traído de Ciudad Real el objeto de tus amores.

Juan. No por cierto; pero nosotros debémoslo cubrirle.

Guill. No es tiempo. ¿Quieres destruir lo que ha hecho por tí mi ciega amistad? Mira... vé... corre á implorar la piedad de tu hermana: dila de rodillas... Soy un estúpido, que me he puesto en su cabeza baxo el yugo mas servil: he nacido para arrastrar por la tierra: he podido por un instante escaparme de los grillos; pero con que me aconsejen que no soy capaz de tan noble esfuerzo: los consejos de mi generoso amigo me iban á ha-

eliz; pero yo lo abandono á tu ódio implacable: castiga á Don Guillelmo; dame mis cadenas... Anda, Don Juan, haz así las paces.

Llorando.

an. Basta, amigo, no me quites la vida.

ill. ¿No sabes que esos llores son armas débiles de mugeres y de niños?... Sé hombre.

an. ¡Ah! No me avergüenzo de estas lágrimas que tú has sabido sacar á un corazon sensible, conduciéndole á la verdad amarga... ¡Escribe!

ill. Vamos allá.

Con inquietud.

an. ¡Amigo!

ill. ¿Qué es eso?

Dudando.

an. Mira que la carta... no sea dura.

Acalorado.

ill. ¡Habrá necedad! ¿Me quieres dexar que escriba con mi estilo?

an. Perdona, pues.

Don Guillelmo se pone á escribir.

Dudando despues de una pausa.

No la amenazarás de un abandono absoluto: no?

Guill. ¡Maldita sea mi fortuna!

Muy impaciente.

¿Quieres dictar la carta? ¿Dí?

Juan. No: pero acuérdate solamente que yo amo: que se haga cargo... y que...

En cólera.

Guill. ¿Cuándo acabas de hablar?

Juan. Todo te lo he dicho.

Poniéndose á escribir.

Guill. ¡Albricias!... Viva la virtud... Ya e
hecho.

Juan. ¡Bueno! Veamos.

Guill. ¿El qué?

Juan. ¿No vas á leer?

Doblando la carta, y poniéndola el sobre.

Guill. No por cierto... ¿Acaso es para tí?

Juan. No: pero...

Guill. Es para tu muger; y no debes ver lo que ella tiene que saber primero que tú... ¡Narciso! Llama á un criado, que lleve esta carta... ¡Ah! ¡bueno! Aquí está Gervasio, que la llevará.

SCENA II.

Los dichos y Gervasio.

v. Con mucho gusto, señor.

n. ¡Cómo! has podido dexar á tu ama sola, y en el lastimoso estado...

v. No, señor, sola no: que Jacinto y Justina han ido de suyo á su casa... Fie vm. del zelo de ambos.

Con un profundo suspiro.

n. ¡Ay! ¡me consuelas! ¿Qué ha dicho?... ¿Si habrá prorrumpido como acostumbra?

v. No señor... ninguna rabia: ántes al contrario, mucho abatimiento; un silencio profundo: los ojos se le arrasaban de agua, los levantaba al cielo, y...

ill. Eso nada importa... Toma esa carta... es para tu ama: atiende, que urge mucho.

Tomando la carta.

v. Voy al punto.

ill. Espera... Cuidado no le digas que aquí está tu amo. Si te pregunta por él, dile que estoy solo, y que no lo sabes... Si no lo haces así, pierdes, y pierdes á Don Juan.

Gerv. Descuide vm.

Guill. Vé pronto, y vuelve al instante.

Vase Gervasio.

SCENA III.

Los dichos, ménos Gervasio.

Guill. Esto se ha hecho ya demasiado sério. Todos conturbados, gimiendo cada uno por su parte: sí señores; he de acabar con este infierno antes de una hora: pero silencio, y que ninguno desbarate mi plan.

Eug. ¿Yo? enhorabuena: con tal que se me vuelva á mi madre, yo callaré.

Clem. ¡Y yo! ¡pobre de mí! ¡que soy para una vida tan peligrosa, mi querido protector! ¿Obtendré un beneficio de su corazón?... El último... lo pido de rodillas.

Juan. Levanta, Clemencia, y habla sin temor.

Clem. ¡Ay señor! Yo no creí que mi venida pudiese traer á vm. la desgracia que me acompaña. Apenas llego, quando es vm. perseguido. Estoy expuesta al mas insufrible bochorno: la injusticia nos supone de acuerdo en un delito horrible: ¡yo me creía bien agena de suscitar zo

os injustos! He podido aguantar la afrenta, porque mi alma está inocente. Pero confieso que el peligro me espanta, que la horrible cárcel con que se me amenaza, ha helado mi corazón.

Enternecido.

n. ¿Crees que yo te he de abandonar?

n. No creo tal: pero no aflija vm. á nadie. líbreme vm. del horror de un encierro; y ábrame para mí solamente una de esas santas moradas, donde reyna con la virtud la paz y la inocencia. Muchos derechos tiene vm. á mi gratitud: pero si obtengo esta gracia de ese corazón compasivo, será para mí la mas grande. ¡Digno protector! perfeccione vm. su obra: contente á mi esposa: líbreme del ultrage; y acabe vm. las vejaciones crueles, encadenando esta mano á los muros.

Muy conmovido.

n. ¡No, no!... Nunca.

Llorando.

n. El claustro sea mi único asilo, pues del mundo entero mi nacimiento me destierra.

Con dolor.

n. ¡Tu nacimiento!... ¿qué dices?

Enternecida.

Clem. Disimule vm.... No hablaré mas de eso. Hasta ahora he hecho vanos esfuerzos para conocer el autor que me ha dado la vida. Tócallan... ya he perdido la esperanza de saber sepúlteme vm. en qualquier lugar humilde, de de sin que nadie me vea, llore yo para siempre la hora en que ví la luz: y si vm. conoce que me ha dado el sér, conduzca á esta infeliz á pies de su ignorado padre; y si mi castigo es de vivir para padecer, tengo yo al ménos consuelo de padecer, sí; pero con la consoladora bendicion de un padre...

A Don Guillelmo.

Juan. ¡Ay Dios! se me salta el corazon hállala... Voy á declararme.

Guill. ¡Por qué te violentas! ¡qué temes! ¿Hay un interés mas grande? Obedece á tu corazon llámala como debes.

Juan. Tienes razon: este es el momento mas feliz de mi vida. Vuela, Clemencia, á los brazos de tu padre.

Clem. ¡Qué oigo!

Juan. ¡Objeto de tantas inquietudes! ¡Tú pe...

padre! aquí lo tienes... Recibe el amoroso
 ombre que mereces.

2. ¿Soy de vm. hija?

3. Sí, mi pobre Clemencia. Sí: tu padre es
 bien te abraza... tú haces hoy mi dicha.

4. Padre de mi corazon: la mia está ya ase-
 rada para siempre.

Con el mayor abandono.

Dios mio! perdóname... Yo habia desconfiado
 tu providencia.

1. ¡Ay Clemencia mia! ya eras desgraciada
 tes de nacer. La ley dura de la necesidad me
 zó á separarte de mí diez y ocho años ente-

2. Confiada, al nacer, á los cuidados de una
 traña, no has sabido lo que son las caricias de

3. padre. ¡Hija mia! tu suerte ha sido dolorosa
 r mucho tiempo; pero cree que mas he pa-

4. cido yo. Tu madre, apreciable objeto de mis
 meros amores, perdió la vida dándotela á tí.

5. me uní luego á una segunda esposa; y por
 modarme á su genial zeloso, cubrí tu exís-

6. cia con un impenetrable velo. Figúrate, si
 des, lo que he padecido: pero ya cesan tus

7. es y los míos. Hija mia, bien ha pagado mi

dulzura su tributo al amor: es justo que la naturaleza recobre sus derechos.

Clem. Mi corazón bien me dice, que en efecto hay ese grito de la naturaleza, ese secreto tinto, que pronto á inflamarse nos indica el objeto de nuestro cariño. Rica con los beneficios de vm., en el seno de mi soledad, ignoraba motivos; pero una secreta voz que en vano resaba oír, me preguntaba continuamente: ¿si deberás á quien te dió el sér?

Eug. ¡Es muy singular eso!

A Clemencia.

Luego que te ví, Clemencia, tu misma voz fué tan agradable, y tocó tanto en mi corazón que no te pude abrazar sino como á hermana.

Clem. Los lazos mas sagrados nos unen: un padre, una tierna hermana. ¿Pero tendremos consuelo de vivir juntos? La acogida de una esposa delicada me hace temblar... Ocúltame á sus zelosas miradas, por no verla armada contra el hombre mas bueno á quien debo mi vida.

Juan. No aflijas mas á tu padre... Tu dicha en mi mano... Un hombre lleno de honra y virtud...

Guill. Todos deben ser así.

- n. Digno dueño de una pingüe hacienda...
- ll. Con mas de lo que necesita para vivir; pero cuyo sobrante es para los que no tienen hacienda.
- n. Que está en el vigor de su edad, lleno de salud.
- ll. Porque ha sabido vivir.
- n. Seco, y severo.
- ll. Duro muchas veces.
- n. Sí; pero con corazón sensible y puro.
- n. ¿Le conozco yo?

En voz baxa á Don Guillelmo.

- n. Ahora habla tú.
- ll. Señorita: ese hombre ha visto á vm., y se sorprendido de su mérito por sus desgracias: mi amigo ha hecho de él un retrato muy favorable; pero yo voy á decirle con exâctitud lo que yo se. Ese hombre de que se trata, es muy franco: tendrá para su esposa mil defectos enormes, porque siempre desdeñó las etiquetas y artificios de la corte: es grave, nunca adula, y de buena fé: el primero de sus gustos es de andar solo y libre, y por eso no se casó nunca, ni se casaría á no haber conocido á vm.:

mas cuidado, que la dará su mano sin mu-
de sistema; pero á lo ménos no será zeloso.

Clem. El retrato que vm. me hace de ese suge-
me dispone mucho en su favor; y por lo que
dicho mi padre, conozco que es y será su me-
amigo.

Juan. No te engañas; es mi querido Don G-
llelmo.

Clem. Mi corazon acostumbrado desde la cun-
obedecer, tambien ahora obedecerá gustoso.

Con alegría.

Juan. Ya lo oyes, amigo.

A Don Juan.

Guill. No sé qué responder.

A Clemencia.

La bondad de vm. me confunde...

Con viveza.

Vamos, yo no entiendo esas gergas almirara
de otros: pero digo á vm., que me creo feliz
su mano.

Recibiendo su mano.

Clem. Acepto tan buen vaticinio...

Eug. ¡Qué alegría! Tú serás á un tiempo mi tia
mi hermana. Mira, pues, aquí tienes á tu sob-
no, que será mi marido.

ill. Ya sabes, Narciso, cuánto te he querido siempre: tu fortuna corre de mi cuenta.

rc. Mucha fortuna era ya para mí su amistad. La felicidad espera á vm. en el mas solemne de los vínculos, y en lugar de una fortuna ahora tengo dos.

g. ¡Piensas bien, amigo mio! Siento que mi amor sea ménos de lo que tú mereces.

SCENA IV.

Los dichos y Gervasio.

Llega cansado y confuso.

v. ¡Ay señor! ¿qué ha escrito vm. á mi ama?

ill. Lo que debia.

v. Para llenar su corazon de amargura. ¡Si n. supiese qué pesadumbre tiene! ¡en qué estado!...

n. Dí... ¿qué te ha respondido?

v. ¿Quién responde quando se abandona al dolor? ¡Se separa para siempre! dixo: ya no tengo en el mundo nada... ha echado á llorar á ares.

ll. ¿Ha llorado? mejor.

Juan. ¿Y la has dexado así?

Gerv. Quasi sin sentido.

Juan. ¡Ay Dios mio!

Gerv. Vaya vm., señor. Mire vm. que si dura ausencia, se muere sin remedio.

En ademan de irse.

Juan. Vamos corriendo.

Guill. ¡Detente! No te apresures, que no tarda un instante en venir aquí.

Gerv. Si se está muriendo.

Guill. No hay que temer: ella vendrá.

SCENA V.

Los dichos y Jacinto corriendo.

Jac. ¡Ay señor! ¿Quiere vm. ver á mi ama, ó no?

Juan. ¡Qué oigo! ¿Se muere?

Jac. No, señor: si viene detras de mí; Justina acompaña: pero yo me he adelantado á decir por si convenía.

Guill. No perdamos tiempo. Esta es la hora preciosa que ha de vencer su corazon inflexible: en este momento se necesita para sanarla. Vengan vm. á este lugar. Don Juan, calla: respeta lo que se habla, no pienses mas que en el efecto que de

es esperar: si dices una palabra, destruyes tu felicidad para siempre.

Se dan la mano.

m. Te doy palabra de honor.

ll. Estoy contento... Silencio.

Todos entran en el gabinete.

SCENA VI.

Guillermo un momento solo: despues salen señora Anselma y Justina: los demas permanecen en el gabinete.

Poniéndose á la mesa del escritorio.

ll. Vamos: tomémos aliento, y perfeccionémos esta obra con la prudencia debida. Unamos piedad á la severa razon, y conservémos el honor, sirviendo á la amistad.

Con una carta en la mano muy conmovida.

¡Ay señor! ¿Ha podido permitir el corazon de v. m. el que se trace y efectúe la orden horrosa que contiene esta carta?...

Lee.

Tu marido te pide, que me envíes todo lo que

«es suyo, puesto que no volverá jamás á vivir
 «en una casa y en un pueblo, que tú le fueras
 «zas á que abandone para siempre.»

Representa.

¿Ha dictado mi esposo este decreto fulminante?

Guill. Nada tiene de admirar ese decreto. Tu esposo busca su bien, y á tí te toca obedecer cuando la piedad lo manda.

Ans. ¿Con que quiere, sin remedio, separarse de mí?

Guill. No quiere andar por justicia, implorando en público tribunal la proteccion de la ley que tú le has amenazado, y sin lo qual nunca hubiera renunciado á tu persona: ¡y qué hablas de decreto!... Si tú misma lo has pronunciado ¿de qué te quejas?

Ans. Mi delito es perdonable; y yo con nadie quiero de pegar sino con vmd., si mi marido me abandona.

Con viveza.

¡Señor! pronto; ¿me dice vmd. dónde está Don Juan?

Guill. Búscaló por mi casa: no será la primera vez que la has visitado toda.

Amargamente.

Yo no tenia la culpa.

ll. Y mucha culpa... Esa es una accion que nida á tus inaguantables sospechas, hirió mi honor: pero dexémos esto... Ahora crees, que si está en mi casa, á lo ménos yo sabré...

Con autoridad, y siempre muy conmovida.

Si no lo sabe vm., ¿quién lo sabrá? ¡pronto! venga mi esposo.

ll. Ya te entiendo: quieres decir: venga mi víctima... pues no... ha tomado ya el partido que debe: todo esclavo tiene derecho á recobrar su libertad: tu marido es libre... Acuérdate de diez seis años que ha vivido en el funesto estado en que le hemos visto todos, en que respetando los llos forjados por su amigo, ha sido mártir, sin decir palabra: haz tú ahora lo mismo: compensa presentes males con sus pasados suplicios, su con resignacion; y dí solamenté: bien lo he merecido.

En el colmo de la desesperacion.

¡Sufrir con resignacion! ¡Ay! Estoy fuera de
¡Señor Don Guillelmo! si vm. piensa en fa-

vorecer á mi enemiga, mejor para mí: mil ayos generosos apadrinarán mi justicia. Milla de esposas acudirán al tribunal de la ley, y levantarán el grito en favor de la esposa oprimida. Están interesadas en mi suerte todas las familias. Yo tendré á mi favor las hijas y las madres: seréis confundidos...

Con viveza.

Just. ¡Señora, por Dios! Sosiéguese vm. No traiga vm. esos ánimos.

Guill. Mas valiera... Esa soberbia me quita para siempre la esperanza de que te enmiendes. Renuncia á Don Juan para siempre... No le veré mas en tu vida.

Ans. ¡Ay cielos!...

Con grito.

Don Guillelmo, por Dios que no me dé vm. más que sentir. Bien dice Justina, que mi ánimo era otro. Sí, mi ánimo era acabar de abjurar mi locomanía... No sé qué me ha vuelto á enfurecer. Don Guillelmo: en vez de una muger extraviada y orgullosa, lleve vm. á los pies de su marido esta esposa rendida, enamorada y humilde, que le pedirá un perdón generoso. ¿Cómo he d

landar su justa íra, ¡ay de mí! sino ha de ver-
e, ni oirme mas?

U. Tu corazon es para tí misma un enigma in-
mprehensible: mas no es de admirar, pues tal
la suerte de los zelosos, que tan pronto aman,
mo aborrecen. Ahora Don Juan que te cono-
, ¿creerá que en un momento has mudado de
nducta para siempre?

Sin duda no lo creerá... pero señor, que ha-
la prueba todo el tiempo que quiera: mis in-
cretas sospechas no envenenarán mas sus dias
los míos. Guarde enhorabuena el secreto de
emencia: nada le preguntaré jamás, con tal
e se apacigüe. Si falto á mis juramentos, si mi
azon llega á desmentirse un dia, que me aban-
ne entónces... no me quejaré mas.

¿. Buenos son esos remordimientos: ¿pero no
es cuál es la mayor de tus culpas?

Con asombro.

¿Cuál es?

. Esa forastera, tan hermosa como prudente,
ultrajada por tí á nuestra presencia, que pa-
los primeros diez y ocho años de su vida en
dad Real: que nunca debió estar léjos de su

vista: que hasta aquí ignoró quiénes la diéron
 sér, ¿sabes tú quién es?

Ans. ¡Don Guillermo! me estremezco.

Guill. Pues es su hija.

Ans. ¡Su hija!

Guill. Sí: fruto de su primer matrimonio.

Ans. ¡Ya era viudo y padre, y yo lo ignoraba!

Guill. Sí: ántes de conocerte, fué esposo de o

¿Y si te lo hubiera dicho, le habrias dado

mano?: Ahora calcúla lo que por tí ha sufrido

fué desgraciado padre, y desgraciado esposo: v

tima entregada á tu inaguantable tiranía. Su h

ha estado diez y ocho años desterrada: una

sualidad la trae: teme con razon, que de

momento á otro aparezca en tu casa. Repa

igualmente su discreta ternura entre tí y el

la busca, déjos de tus furores, un asilo hone

to: tu genio suspicaz la descubre: al instar

la preparas una obscura cárcel... Anda, anda m

ger injusta: acude á los tribunales... anda; pe

sabe que su cárcel está aquí... Clemencia es

esposa.

Abatida y muy confusa.

Ans. ¡Clemencia! ¡es su hija! ¡y esposa de v

¡Ay de mi! ¡qué objeto de exêcracion no de

ser á sus ojos! Ya pierdo las esperanzas: ni mi vida puedo pagar mi delito: bien merezco su entero abandono: conozco que ni me asiste derecho para implorar la misericordia: pierdo toda esperanza: todò lo pierdo... plazase mi fatal destino... voy por siempre á ir al retiro: y á la obscuridad...

En ademan de irse.

no soy digna...

Desde dentro, con un grito de ternura.

¡Basta, basta!

Se iba tristemente, vuelve sobre sus pasos con ímpetu.

Ay Dios mio! él es: esa es su voz... ¡Es-

! que yo te vea, aunque sea por la última

Don Juan abre el gabinete, sale Don Juan,

la muger se precipita á sus pies, y le dice:

! Esposo, quítame esta vida.

La levanta.

No á mis pies, y sí en mis brazos debe des-

ar mi esposa: levanta.

Ans. ¡Dulce esposo!

Abraza á Clemencia.

Perdóname te pido... ¡Yo iba á perseguir la
tutud de esta inocente, y añadir la infamia
desgracias!

Juan. Cesen tus pesares... Sosiégate, amiga.

Ans. No: jamas podré purgar tantos excesos de
locura.

Juan. Todos están olvidados, si tú quieres ser
liz: todos nuestros corazones están unido
yo vengado.

Ans. ¡Amado esposo! aquí tienes esta esposa
regida: esta esposa enamorada de tí, que en
ciego furor sembró por tantos años la discon
y el espanto en su familia: esta muger que
ha experimentado mas venganza que benigni
é indulgencia... ¡Ah!... si esta terrible leccion
enmienda mi conducta, mereceré tu rigor: ab
dóname entónces para siempre.

Juan. Me haces dichoso... Tú lo serás con la co
tancia de tus promesas... Y á tí el mas prud
te, y el mejor de los amigos, ¡quánto te deb

Guill. Te lo ofrecí. Tu muger gana un triunfo a
pronto sobre su corazon... pero seguro, y
debémos creerlo.

Creedlo... En este dia me he visto en riesgo que me abandonára para siempre la natura- y el amor: baste...

A Clemencia.

¡ven, ven; dignate ser hija de esta tierna madre.

Abrazándola.

¡Ay madre! ¡ay padre! Yo olvido los pesares que me han afligido toda mi vida, al verlos compensados con tan insignes beneficios.

Tomando la mano de su marido, y dice á Don Guillelmo.

Aquí tiene vm. su obra...

Da á Don Guillelmo la mano de Clemencia.
Aquí su digna recompensa.

despues la mano de Eugenia, que da á Don Narciso diciéndole:

Narciso: hé aquí tu premio.

¡Qué contento! ¡Cielos!

¡; quien piensa como tú, no es virtuoso á las veces: quando yo te instaba porque vendieras tu amistad á un amigo, mas quisiste perder á tu adorada

Eugenia... Sí, únete á ella con el lazo más
lemne.

A Eugenia.

Y tú, hija mia, amándole, estima á tu es-
acuérdate de tu madre, y maldice con mig
infernales zelos.

Eug. ¡Querida madre! ¡quánto debo á vm.!
si sus zelos se hallan corregidos, no son
se dice, un mal incurable.

A Don Narciso.

Y si los tengo... ya ves... me enmendaré.

Juan. Basta... Mis hijas y sus esposos vivirán
migo: hagan el amor y la amistad la unio
dos familias.

A su muger.

¡Y tú!... ¡tú! cuyo corazon está ya conve
para siempre: ¡alma querida! dí por experie
á todos los que te están oyendo: no hay
en el matrimonio si falta el amor y la confia

F I N.



